

J ESTUDIOS JALISCIENSE S

90

Noviembre de 2012

Literatura y política

INTRODUCCIÓN

Jean Franco

LUIS VICENTE DE AGUINAGA

*Entre la tierra natal y la
utopía: González Martínez,
Placencia, Rosas Moreno*

JEAN FRANCO

*Literatura y política:
el caso de Agustín Yáñez*

AGUSTÍN VACA

*José Revueltas: individuo,
política y escritura*

ALBA LARA-ALENGRIN

*Un escritor políticamente
incorrecto: José Agustín*

90
ESTUDIOS
JALISCIENSES
Revista trimestral de El Colegio de Jalisco

EDITOR
Agustín Vaca García

APOYO TÉCNICO: Imelda Gutiérrez

CONSEJO EDITORIAL
José María Muriá (El Colegio de Jalisco-INAH);
Juan Manuel Durán (Universidad de Guadalajara);
Angélica Peregrina (El Colegio de Jalisco-INAH); Enrique Florescano (Conaculta);
Jean Franco (Universidad de Montpellier); Moisés González Navarro (El Colegio de México);
Eugenia Meyer (Universidad Nacional Autónoma de México);
Salomó Marqués (Universidad de Girona); Pedro Tomé (CSIC-España)

COORDINADOR DE ESTE NÚMERO: Agustín Vaca

Noviembre 2012

Literatura y política

INTRODUCCIÓN		
Jean Franco		3
LUIS VICENTE DE AGUINAGA		
<i>Entre la tierra natal y la utopía: González Martínez, Placencia, Rosas Moreno</i>		8
JEAN FRANCO		
<i>Literatura y política: el caso de Agustín Yáñez</i>		26
AGUSTÍN VACA		
<i>José Revueltas: individuo, política y escritura</i>		48
ALBA LARA-ALENGRIN		
<i>Un escritor políticamente incorrecto: José Agustín</i>		59

Asociados Numerarios de El Colegio de Jalisco:

- Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
- Gobierno del Estado de Jalisco
- Universidad de Guadalajara
- Instituto Nacional de Antropología e Historia
- Ayuntamiento de Zapopan
- Ayuntamiento de Guadalajara
- El Colegio de México, A.C.
- El Colegio de Michoacán, A.C.
- Subsecretaría de Educación Superior-SEP

Estudios Jaliscienses

La responsabilidad de los artículos es estrictamente personal de los autores. Son ajenas a ella, en consecuencia, tanto la revista como la institución que la patrocina.



EL COLEGIO
de
JALISCO
30 años
1982-2012

ESTUDIOS JALISCIENSES, número 90, noviembre de 2012, es una publicación trimestral editada por El Colegio de Jalisco. 5 de Mayo No. 321, Col. Centro, C.P. 45100, Tel. 3633-2616, www.coljal.edu.mx, agustinvaca@coljal.edu.mx.

Editor responsable: Agustín Vaca García. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2012-030812315800-102, ISSN 1870-8331, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derecho de Autor, Licitud de Título y contenido No. 13623, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Permiso SEPOMEX en trámite. Impresa por Ediciones y Exposiciones Mexicanas, S.A. de C.V., Enrique Díaz de León No. 21, Col. Centro, C.P. 44200, Guadalajara, Jalisco, este número se terminó de imprimir el 27 de octubre de 2012 con un tiraje de 700 ejemplares.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Introducción

El sentido de la producción artística siempre ha sido tema de debates: ¿Cómo se insertan en el seno de la *civis* unas prácticas, decorativas o “inútiles”, que tienen que ver con la diversión? Se ha exagerado a menudo el papel social del arte pues dimanaba las más de las veces de élites restringidas y acomodadas, quedando fuera del sistema la mayoría de las poblaciones.

Por su parte, el estatuto de la literatura, en sus diversos componentes, tal vez sea el más complejo y contradictorio. Desde los inicios de las literaturas griega y latina, la reflexión política constituyó una trama esencial basada en personajes emblemáticos: Edipo, Ifigenia, Teseo, Nerón, Antígona, y muchos más. Al correr de los siglos, la literatura ha ido cobrando un lugar destacado, sobre todo a partir del siglo XVIII en que irrumpe la ingente figura política del intelectual (el que se yergue contra los poderes y promueve la justicia), prolongándose tal papel en los dos siglos siguientes, con la asunción del escritor en unas sociedades más abiertas y regidas por medios masivos de comunicación.

Sin embargo, en los albores de este siglo XXI, literatura y política parecen estar reñidas o, por lo menos, dan lugar a un cúmulo de confusiones y malentendidos, no siempre inocentes. Dos lugares comunes, tan falso uno como otro, acompañan el debate. Uno detecta la política por todas partes y considera que cualquier literatura, quiera que no, es política y transcribe las opciones de su autor, incluso soslayadas o no conscientes. El otro, al contrario, postula que ninguna (verdadera) literatura lo es, esfumándose y desapareciendo lo político eventual tras la dimensión literaria de la obra. De modo que reducir la política a la literatura o la literatura a la política son dos actitudes igualmente erradas por ociosas; ocurre que la literatura revista un significado político pero, a veces, de rebote o indirectamente, y muchas veces ni siquiera es tema secundario.

Ya pasaron los tiempos de la literatura comprometida de mediados del siglo XX, cuando florecían los escritos de denuncia (de la explotación, el colonialismo, la opresión, el militarismo, la dictadura, el capitalismo salvaje). Siguiendo la misma veta, asomaban textos testimoniales sobre

episodios inauditos (procesos estalinianos, campos nazis, gulag, guerras coloniales...) o situaciones de miseria y marginación extremadas. También se multiplicaban las novelas de tesis, herederas del cuento filosófico de raigambre volteriana y los relatos utópicos como medio de abogar por transformaciones sociales (Camus, Sartre, Huxley, Orwell, Grass, entre otros). Sin olvidar las novelas de perspectiva ética cuyo propósito no era directamente político sino que propugnaba valores humanistas o filosóficos propios para salvaguardar las sociedades amenazadas (Kafka, Gombrowicz, Musil, Bernanos, Bernhard).

Estas cuatro modalidades de “novela de contenido nítidamente político” correspondieron a una época de trastornos mundiales y guerras despiadadas; traumatizados pero militantes, los intelectuales sintieron una responsabilidad histórica y la obligación, muy decimonónica (a semejanza de Víctor Hugo y el romanticismo), de intervenir en el espacio público para indicar el buen camino. Recurrieron a la prosa narrativa por cuestiones de impacto, al pensar que la ficción podía dirigirse a un público más amplio para concientizarlo con eficacia. La novela no pasaba de ser auxiliar del ensayo, el libelo, el artículo periodístico, otras tantas vertientes de la configuración política. Importaba ante todo el mensaje, y la ficción se ponía a su servicio exclusivo. De ahí una profusión de obras demostrativas, pesadas (a menudo), de voluntad didáctica, que marcaban el buen paso y los “valores” en los cuales fundar la nueva sociedad, cancelando a la antigua.

Salvo excepciones, dicha novelística “política” pertenece al pasado; los escritores en el último medio siglo dejaron de enarbolar banderas, aun cuando se dedicaron a la sátira o a la denuncia social. En la línea de algunos grandes modelos, Kafka, Camus, Faulkner, Gombrowicz, delinearon visiones del mundo e interpretaciones globales de corte filosófico, antropológico o metafísico muy ajenas a la estricta preocupación política. Representaron universos inhabitables, perversos, abyectos, marcados por la mediocridad o la locura, que señalaban *a contrario* un mundo ideal de hermosura y libertad: la literatura “política” plasmaba un presente monstruoso que se podía superar, con contrapuntos positivos imaginables. Algunos pocos escritores han recorrido esa senda y han sido barridos por el potente tsunami “posmoderno” del vacío, el caos y el nihilismo. “Me seduce el ver de qué manera a todo se lo va llevando la chingada”, escribía emblemáticamente el mexicano Guillermo Fadanelli en “Hojuelas sobre la cama”, sin desesperarse ni poner el grito en el cielo. Postura pasiva de desencanto, postura “política”, si se quiere, que señala tal vez el lugar olvidado de la política en la escritura de nuestros días.

Una modalidad específica campea en Latinoamérica, la de la novela “histórica”, en los últimos treinta años, en especial tras los golpes de estado y las dictaduras sangrientas de los años 70. Excepto contados casos, no se trata de evocaciones partidarias o comprometidas sino de indagaciones en las mentes colectivas en busca de explicaciones. La mirada se va a la historia anterior, a menudo a las fundaciones, la conquista, la colonización y, sobre todo, los inicios de la Independencia, este siglo XIX de las bases erradas y los conatos de una supuesta autonomía. Desde luego, la reconstitución histórica siempre tiene la mira puesta en el presente de la escritura. En verdad resulta “política”, pero nada hay en ella de proselitismos ni didactismo: al lector le toca recomponer la tela y sacar las conclusiones políticas actuales de los episodios del pasado. Sesgada, indirecta, la postura es fundamentalmente equívoca, polisémica, en las antípodas de la reflexión política tradicional que, por su parte, tiende a ser unívoca, demostrativa, aleccionadora.

Si la historia se ha colado naturalmente en la literatura, no pasa lo mismo con la política, muy sospechosa desde un principio por aparecer incompatibles las dos actividades. Es más: las tomas de posición políticas de los escritores parecen empañadas de sobreentendidos y redundan en un juicio valorativo o peyorativo de la novela, en función de la opinión del lector o del público. Dicho daltonismo ideológico llega incluso a deformar la aprensión de los textos y son numerosos los casos de ostracismo por motivos políticos.

Ahí están los casos significativos de Jorge Luis Borges, poco ha, o de Vargas Llosa, hoy día. Las opciones derechistas –supuestas o reales– del escritor argentino constituyeron para cierta clase intelectual una lacra imborrable. Hasta la muerte de Borges en 1986, se decía que el jurado del Premio Nobel de Literatura celebraba cada año reuniones dificultosas para tratar de evitar otorgarle el premio, buscando cada vez razones más o menos convincentes. ¿Cómo disfrazar una decisión política con oropeles literarios?

Por su parte, castrista entusiasta en los 60, Vargas Llosa inició en el decenio siguiente una evolución hacia posturas antirrevolucionarias y a favor del capitalismo liberal convirtiéndose incluso en candidato de las derechas en la elección presidencial en el Perú. La gran mayoría de la clase intelectual no le perdonó tal giro. De rebote, se puso a criticar mordazmente las novelas del gran narrador peruano por meros motivos ideológicos dejando de lado los esplendores de la escritura.

Al revés, a veces se ensalzan textos literarios de escaso nivel por las opiniones de izquierda de sus autores. Sabido es que “no se hace buena literatura con buenos sentimientos” y que no es raro que un escritor reaccionario produzca textos admirables. Además, no siempre

es dable encajonar a un escritor en una postura ideológica definida. Las más de las veces, las novelas desdicen por sus contenidos implícitos o no conscientes las posturas ideológicas de sus autores –con la salvedad de que se las pueda definir a ciencia cierta, lo cual no siempre resulta factible–. Y se dan casos en que no parece ser la misma persona la que produjo tales textos y adoptó tales actitudes públicas.

Dos ejemplos recientes ilustran esta confusión entre los planos de la ficción y de la ideología política. En 2008 se desató una tremenda campaña de prensa contra el gran novelista checo Milán Kundera. A ese gran militante de los derechos humanos se le achacaban actitudes “no muy claras” respecto a la Unión Soviética contra cuya opresión, no obstante, se irguió toda su vida ya antes de 1989. Estos datos sospechosos, supuestamente descubiertos en archivos, bastaron a cierta prensa para mancillar la figura de Kundera. Y sobre todo, inferir que tal actitud política dudosa ponía en entredicho la calidad de toda la obra del autor de la hermosa *La insoportable levedad del ser*. Absurdo y preocupante deslizamiento, característico de una gran confusión de conceptos.

El otro ejemplo es de enero de 2011 y atañe al gran novelista Louis-Ferdinand Céline, el autor francés más traducido después de Proust y reconocido por los estudiosos franceses como el mayor innovador de la prosa del siglo xx. Al establecer la lista de los quinientos hombres y hechos por celebrar en Francia durante el año 2011, un Comité de intelectuales había incluido el nombre de Céline, por los 50 años de su fallecimiento. Cediendo a una feroz campaña de *lobbys* y políticos, el Secretario de Cultura –¿de Censura?– Frédéric Mitterrand decidió quitar de la lista al escritor maldito. El autor inolvidable de *Viaje al fin de la noche* (1932) y de *Muerte a crédito* (1936) se quedaba fuera de cualquier evocación oficial, cuando no homenaje o conmemoración. Resultan obvios los motivos: publicó en 1937, 1938 y 1941 tres panfletos antisemitas y, durante la ocupación alemana, una gran cantidad de artículos en la prensa de extrema derecha en que exhalaba su racismo desmedido y su odio a los judíos. Un personaje infame, por supuesto, de un racismo asumido y pregonado, pero ¿en qué unas actitudes personales ignominiosas han de influir en el juicio estético sobre dos admirables libros? Tajante ha de ser la dicotomía entre intelectual y hombre político (y hombre a secas) pues las dos actividades no pertenecen a la misma área y no existe verdadera porosidad entre estos dos sectores de la actividad humana, pese a las excepciones. Si bien no es fácil, la condena severa a un ciudadano pervertido no ha de ofuscar el reconocimiento de sus eventuales talentos de artista. El caso de Céline, hay que reconocerlo, resulta casi único en la historia de la cultura (tal vez se pudiera aducir Caravaggio para la pintura, Wagner

para la música, Heidegger para la filosofía). La escisión entre dos facetas contradictorias puede legítimamente desconcertar al público, así como a los críticos, muy amantes de encasillar y dictaminar de modo maniqueo.

No resulta cómodo cercenar a un artista de su vida de ser humano y de ciudadano. A nosotros se nos presenta en un solo bloque, hombre y escritor, mientras que el proceso de creación no remite a los mismos mecanismos que la vida social. Marcel Proust lo aclaró a principios del siglo veinte en su famoso *Contre Sainte-Beuve*. Publicados póstumamente, la redacción de estos artículos de crítica literaria corresponde a los años 1908 y 1909, y constituyen un alegato vibrante contra la “crítica biográfica”, la cual imperaba hasta entonces. Sainte-Beuve trataba de explicar la obra literaria como proyección de la vida de su autor, en sus aspectos personales, sociales, políticos, psicológicos. Aquí es necesario recordar el rechazo de Gallimard del primer volumen de *En busca del tiempo perdido* probablemente debido a la imagen pública negativa del joven Proust, un burgués frívolo y al parecer superficial, una estrella esnob de los salones parisinos, un producto artificial en el seno de una fauna vulgar y pretenciosa. Proust, en sus argumentos *pro domo*, demostraba la falacia de este camino por ser imposible hacer coincidir la imagen pública y la esfera privada del creador. Dicho desdoblamiento no permitía el acceso a lo recóndito de los textos. Además, lo autobiográfico no forzosamente entraba en juego, como no fuera de modo incierto, parcial, solapado, rondando apenas el sentido profundo de la creación artística. Por supuesto, la vida política o social tenía aún menos cabida en esa supuesta translación. Nótese que aun cuando aparecen nítidos elementos autobiográficos en un texto, es preciso no tomarlos al pie de la letra: la propia mirada retrospectiva al pasado de uno puede ser engañosa, falseada, de todos modos selectiva y parcial, y la recreación de instantes remotos se sujeta a múltiples determinaciones, a menudo no conscientes, del presente. Sobran los ejemplos en la literatura.

De estas disquisiciones podemos deducir el escaso peso de lo político en el proceso y contenido estéticos. Puede que esté ausente del todo, o que su presencia no pase de mero ornamento o de “efecto de realidad”, como dijera Roland Barthes. En ciertas circunstancias, lo político puede salpicar un texto, pero de ninguna manera logra llevarnos al meollo de la obra. Lo político es ajeno a la dimensión estética, las ideas eventualmente desplegadas en una novela no son más que un elemento, casi siempre secundario, de la estructura profunda.

Jean Franco
Universidad de Montpellier III

Entre la tierra natal y la utopía: González Martínez, Placencia, Rosas Moreno

Luis Vicente de Aguinaga
Universidad de Guadalajara

En su poemario de 1918, *Parábolas y otros poemas*, Enrique González Martínez incluyó “El retorno imposible”, poema de cuarenta y tres versos cuyo asunto general, estilo y desarrollo justifican, más que una explicación, un comentario y al menos una rápida comparación con otros poemas. En estas páginas “El retorno imposible” será comparado con textos de otros autores jaliscienses. He aquí el poema de González Martínez:

Yo sueño con un viaje que nunca emprenderé,
un viaje de retorno, grave y reminiscente...

Atrás quedó la fuente
cantarina y jocunda, y aquella tarde fue
esquivo el torpe labio a la dulce corriente.
¡Ah, si tornar pudiera! Mas sé que inútilmente
sueño con ese viaje que nunca emprenderé.

Un pájaro en la fronda cantaba para mí...
Yo crucé por la senda de prisa, y no lo oí.

Un árbol me brindaba su paz... A la ventura,
pasé cabe la sombra sin probar su frescura.

Una piedra le dijo a mi dolor: descansa;
y desdeñé las voces de aquella piedra mansa.

Un sol reverberante brillaba para mí;
pero bajé los ojos al suelo, y no lo vi.

En el follaje espeso
se insinuaba el convite de un ósculo divino.
Yo seguí mi camino
y no recibí el beso.

Hay una voz que dice: retorna, todavía
el ocaso está lejos; vuelve tu rostro, guía
tus pasos al sendero que rememoras; tente
y refresca tus labios en la sagrada fuente;
ve, descansa al abrigo
de aquel follaje amigo;
oye la serenata del ave melodiosa,
y en la piedra que alivia de cansancios, reposa;
ve que la noche tarda
y oculto entre las hojas hay un beso que aguarda...

Mas ¿para qué, si al fin de la carrera
hay un beso más hondo que me espera,
y una fuente más pura,
y un ave más hermosa que canta en la espesura
y otra piedra clemente
en que posar mañana la angustia de mi frente
y un nuevo sol que lanza
desde la altiva cumbre su rayo de esperanza?

Y mi afán repentino
se para vacilante en mitad del camino,
y vuelvo atrás los ojos, y sin saber por qué,
entre lo que recuerdo y entre lo que adivino
bajo el alucinante misterio vespertino,
sueño con ese viaje que nunca emprenderé.¹

A primera vista, el poema es una mezcla de idilio y elegía. De las diez estrofas, la segunda, la tercera, la cuarta, la quinta, la sexta y la séptima transcurren a la vez en tiempo pasado y en un entorno campestre, dotado de un manantial, un bosque, un pájaro cantor y una piedra en la cual tomar asiento, y presidido por el sol en todo lo alto. Con ello bastaría para leer el poema desde la perspectiva de un tópico literario, el llamado *locus amœnus*, cuyos orígenes remontan más allá del Edén bíblico y cuyo principal espacio de manifestación es la lírica pastoril, de los *Idilios* de Teócrito y las *Bucólicas* de Virgilio a las *Églogas* de Garcilaso. Ahora

1. Enrique González Martínez. "El retorno imposible". *Obras completas*. Edición de Antonio Castro Leal. México: El Colegio Nacional, 1971, pp. 209-210.

bien, como ya se ha señalado, el poema es igualmente una elegía: en él son expresados (más con desasosiego que con tristeza, justo es decirlo) episodios y paisajes de un sitio lejano y una edad ya vivida. Las estrofas primera, octava, novena y décima podrían leerse, a decir verdad, como una síntesis del poema, obviado el desarrollo que suponen las estrofas en pretérito. Pero lo cierto es que se trata de un poema complejo en que se combinan dos flujos discursivos en tiempos verbales diferentes: la calma pastoril implica cierta tristeza por un sitio que ya no existe o al cual está prohibido volver, mientras que la conciencia de semejante prohibición es expresada con dudas, aunque también con serenidad.

Al comenzar el poema, el “sueño” referido por el *yo* lírico se materializa en un paraíso clausurado: del viaje, aunque se anticipa que no habrá de ocurrir, se dice que tendría como destino un bosque. Los elementos del espacio idílico van encadenándose con toda nitidez: la “fuente” o manantial, origen de una “corriente”, riega una “fronda” de “follaje espeso”. Si bien canta un pájaro en el bosque, la fuente misma ya es “cantarina y jocunda”.

La ensoñación remite no sólo a un espacio, sino a un tiempo determinado. Ese tiempo se condensa en un día específico del pasado (“aquella tarde”) y contiene, por lo tanto, las rupturas que se habrían ido sucediendo ese día entre los elementos del bosque y el *yo* que los evoca. Fuente, pájaro, árbol, piedra y sol habrían fracasado, en efecto, en sus respectivos esfuerzos por atraer a quien, por su parte, va ignorándolos o rechazándolos. En el follaje “se insinuaba el convite de un ósculo divino”; luego, en el bosque parece tomar forma una suerte de incitación erótica, un beso que, sin embargo, por no tratarse de un beso humano, no puede sino inquietar al individuo que habría de recibirlo. La realidad excluye a la ensoñación: como el “viaje” no será emprendido nunca, tampoco el espacio en que ocurre podría existir en consecuencia (por más que haya existido en otro tiempo). ¿A qué

da forma o de qué cosa es nombre un sueño así, habida cuenta de que los placeres de un lugar tan agradable, al menos a primera vista, van siendo, en él, sistemáticamente abandonados?

El poema narra, por así decirlo, un viaje de ida, cuando el *yo* que toma la palabra en el texto fue separándose de un edén aparente, y aclara que ningún viaje de regreso al punto de partida tendrá lugar. En este punto conviene recordar un elemento de primerísima importancia para comprender la poesía de González Martínez: la recurrencia en su obra de la figura del *homo viator*, es decir: del sujeto representado como viajero en el viaje de la vida.² De ahí que la novena estrofa, penúltima del poema, resulte crucial: en ella, el *homo viator* explica su negativa, eligiendo el futuro por encima del pasado. Cinco estrofas habían ya desmontado y desmentido el “sueño”: el “pájaro en la fronda” y el sol habían sido ignorados; la piedra y la sombra del árbol, desdeñadas; el beso, rechazado. Es el tramo inicial del camino, es decir: el tramo inicial de la vida, lo que se busca explícitamente dejar atrás. No se trata, pues, ni de un alegato contra los placeres de la juventud ni de un elogio de la vejez; más bien, al representarse la vida como un “camino” que se ha recorrido a la “mitad”, el *homo viator* se detiene a comparar la “vida por vivir” con la “ya vivida” (para decirlo aprovechando un verso de Octavio Paz) y se queda con la primera, eligiendo la promesa del futuro por encima de la reiteración del pasado.

La dimensión estrictamente política de un poema como “El retorno imposible” se pone de manifiesto cuando es comparado con textos análogos que forman, por así decirlo, una pequeña tradición interior dentro del plano general de la poesía mexicana moderna. Pero antes debe advertirse que pocos temas recorren con tanta complejidad e intensidad la historia de la poesía como la ciudad, en su doble perfil de *civitas* y *urbs*. De la destrucción de Troya en Homero a la fundación de Alba Longa en Virgilio; de la destrucción de Cartago en el propio Virgilio al retorno a Lisboa en Camões; de la

2. Luis Vicente de Aguinaga. “Introducción”. Enrique González Martínez. *Señas a la distancia*. Ciento treinta poemas (1903-1952). Selección de Luis Vicente de Aguinaga y Ángel Ortuño. Guadalajara: Secretaría de Cultura de Jalisco, 2011, pp. 9 y 12.

conquista de Jerusalén en el segundo libro de Samuel a la construcción del templo en el primer libro de los Reyes, y del espectáculo edificante de las ruinas de Itálica en la canción de Rodrigo Caro al de las ruinas de Roma en el soneto de Francisco de Quevedo, nada representa mejor a la ciudad espiritual como la ciudad material, al menos en los poemas épicos o líricos que dan solidez a la memoria humana.

En poesía, edificar o destruir una ciudad es tanto como tejer o destejer los vínculos de sumisión o libertad que hubieran encontrado espacio en ella. En otras palabras, erigir los edificios, trazar las calles y despejar las plazas de la *urbs* equivale a referirse a una *civitas*, a un modo de convivencia, incluso a una identidad social y a un sistema de gobierno. Evocar, por ejemplo, la destrucción de Cartago, tal como lo indicaba una convención lírica renacentista, era no sólo representar un paisaje, sino aludir al poder y esplendor de un tiempo ido, proyectando sobre determinado espacio el tópico del *tempus fugit* y haciendo ver que, a imagen de la majestad y gloria pasada de un reino como el cartaginés, todo en este mundo ha de desvanecerse.

Hace poco, en otro ensayo, el autor de las presentes notas intentó mostrar de qué manera el tópico del retorno imposible a la ciudad natal, según es expresado en poemas de Ramón López Velarde o Luis G. Urbina, desemboca en otro tópico no menos importante para la poesía mexicana del siglo xx, a saber: el del retorno traumático, ya no imaginario sino real, a esa misma ciudad amada y espantosa.³ En aquel trabajo se comentaba un poema como “Las ruinas de México” de José Emilio Pacheco a la luz de “La elegía del retorno” de Urbina y se relacionaba “El retorno maléfico” de López Velarde con “Vuelta” de Octavio Paz. Ahora importa incluir en ese grupo de poemas “El retorno imposible” de González Martínez (1871-1952), “A ver qué queda” de Alfredo R. Placencia (1873-1930) y “La vuelta a la aldea” de José Rosas Moreno (1838-1883).

En el poema de González Martínez, como ya se ha visto, el retorno al que se hace alusión está prohibido,

3. Luis Vicente de Aguinaga. “Paraíso en ruinas: el tópico del retorno en cuatro poetas mexicanos del siglo xx”. *Moenia*. Lugo: Universidad de Santiago de Compostela, vol. 16, 2011, pp. 327-341.

pero el poeta no dice a qué retorno esté refiriéndose, como no sea un retorno simbólico al nacimiento, la niñez y la primera juventud. Pero, desde la perspectiva de quien pretenda seguir las ramificaciones del poema o escucharlo en la caja de resonancia de otros poemas, las posibles reticencias de González Martínez quedan atrás cuando, en textos afines, otros poetas aclaran que todo retorno es un retorno al pueblo natal, y por lo tanto a los paisajes de la niñez, a los afectos y emociones de las primeras etapas de la vida. Es fundamental observar, pues, que González Martínez, en los mismos años que Urbina y López Velarde (Urbina publicó “La elegía del retorno” en un libro de 1916, “El retorno imposible” de González Martínez apareció en un libro de 1918 y “El retorno maléfico” de López Velarde consta en un libro de 1919), comprendió, como también comprendieron sus colegas, que volver al terruño es imposible, como no fuera en sueños, o tal vez ni siquiera en sueños.

Al referirse a los modernistas y postmodernistas latinoamericanos, estudiosos como Stephen Tapscott han visto en la persistencia del tema del retorno un fuerte indicio de construcción ideológica generacional, incluso un “patrón” de pensamiento. Se diría que los modernistas (herederos, en esto, de Charles Baudelaire) concibieron la vida moderna como un espacio de tensión entre *natura* y *cultura* en que la segunda, casi siempre identificada con la ciudad, termina imperando sobre la primera. En palabras de Tapscott, dicho patrón desemboca, por un lado, en la cuestión de la identidad cultural colectiva y, por el otro, en la cuestión de la identidad personal:

The pattern, adumbrated by the Modernist brotherhood, of exploring the tension between culture (historical and verbal) and nature (renewable in an unarticulated, continuous present tense) is likewise pervasive. One could simply track the thematic –as it turns from a question of cultural identity, through a question of personal identity, to issues of semiotics– in a sequence of poems involving a myth or situation of “return”: Julio Herrera y Reissig’s “El regreso”, Ramón López Velarde’s “El retorno maléfico”, James

4. Stephen Tapscott. *Twentieth-Century Latin American Poetry. A Bilingual Anthology*. Austin: University of Texas Press, Texas Pan American Series, p. 10.

Freyre's "Aeternum vale", Manuel Bandeira's re-creation of place in "Evocação do Recife", Rosario Castellanos' psychological reconstructions in "El retorno", Olga Orozco's story of failed repetition in "Miss Havisham", and, of course, Neruda's triumphant return to South America in *Alturas de Macchu Picchu*.⁴

Ahora bien, debe observarse que, al menos en el *corpus* que aquí se maneja, el simple tema del retorno es apenas una estación de paso rumbo a un tópico más definido: el del retorno al país o ciudad natal, y más aún: el del retorno frustrado a un pueblo casi siempre rural, nocionalmente opuesto a la vida en la ciudad moderna. El asunto que se quería destacar antes en poemas de Urbina y López Velarde, y que se quiere subrayar ahora en las obras de González Martínez, Placencia y Rosas Moreno, no es el mero retorno, sino un retorno presentado bajo las coordenadas manifiestas de la imposibilidad o el fracaso (el hecho de volver entendido más como un deseo que como una realidad, para decirlo con vocabulario cernudiano) y de la oposición entre *natura* y *cultura*, campo y ciudad, antigüedad y modernidad. Si el destierro en Urbina y los efectos de la guerra en López Velarde hacían difícil o inimaginable regresar a la ciudad o pueblo natal, en González Martínez, por añadidura, la imposibilidad aparecerá como el resultado de una elección ética.

En pocas palabras, el retorno es imposible para González Martínez porque una suerte de averiguación poética se lo ha hecho ver así. Es el poeta, en este sentido, quien renuncia *motu proprio* a viajar de regreso al complaciente paraíso de la memoria. Por ello, el desdén que González Martínez acaba manifestando por la naturaleza también es un desdén por el pasado. A lo que renuncia el *homo viator* es a la seducción del erotismo juvenil, esto es: a un espejismo, ya que tal *eros* únicamente podría vivirse como rememoración de una juventud cada vez más lejana. Contra la nostalgia, González Martínez asume la conciencia de la madurez. Las palabras de Félix de Azúa respecto a Baudelaire y su comprensión pionera de la ciudad como nueva

forma de la naturaleza parecen escritas pensando en “El retorno imposible”:

En la transposición de los valores, una Nueva Naturaleza, la metrópolis, ocupa el lugar de la antigua Tierra. El territorio aparece selvático y por conquistar: es caos, es inmensidad. Así como para Hölderlin la desaparición de los dioses antiguos era un enigma incomprensible, pero forzaba a los mortales a empuñar su destino como el de aquellos que “han llegado tarde” y están dirigidos a una labor más alta y peligrosa que la encomendada a los inmortales, así también para Baudelaire la Tierra, la Naturaleza, se han extinguido y frente a cualquier nostalgia propone la asunción radical, es decir, artística, en sí, del nuevo orden y de la Nueva Naturaleza: metrópolis, masa anónima, nihilismo. Él mismo definirá a la vieja naturaleza como “un montón de hortalizas sacralizadas”.⁵

En el poema de González Martínez, efectivamente, la naturaleza –identificada con el pasado– parece competir contra el porvenir, como si éste fuera una ciudad moderna: una “nueva naturaleza”. El futuro, en este sentido, alcanza la forma metafórica de una ciudad por construir. Octavio Paz atribuye a ese proceso de identificación un signo político, ya que dicha ciudad por construir no es otra cosa que una utopía:

Las utopías son los sueños de la razón... Cada época se identifica con una visión del tiempo y en la nuestra la presencia constante de las utopías revolucionarias delata el lugar privilegiado que tiene el futuro para nosotros. El pasado no es mejor que el presente: la perfección no está atrás de nosotros sino adelante, no es un paraíso abandonado sino un territorio que debemos colonizar, una ciudad que hay que construir.⁶

Las intuiciones políticas insinuadas en “El retorno imposible” deben calibrarse a la luz de lo expuesto por Paz. El “fin de la carrera” presentado por González Martínez (o, para decirlo de otro modo, la segunda mitad o el segmento de madurez de la vida) son comparables a esa “ciudad que hay que construir”. El poeta no sólo acierta cuando equipara el porvenir con la

5. Félix de Azúa. *Baudelaire y el artista de la vida moderna*. Barcelona: Anagrama (Argumentos), 1999, p. 153.

6. Octavio Paz. “Ruptura y convergencia”. *La otra voz*. Poesía y fin de siglo. México: Seix Barral (Biblioteca Breve), 1990, p. 34.

7. Michael Hamburger. *La verdad de la poesía*. Tensiones en la poesía moderna de Baudelaire a los años sesenta. Trad. Miguel Ángel Flores y Mercedes Córdoba Madro. México: FCE (Lengua y Estudios Literarios), 1991, p. 89.

8. *Ibid.*, p. 90.

9. Antonio Saborit. "El trabajo literario y el presente inmediato: escritores y artistas en la década armada". Manuel Fernández Perera (coord.). *La literatura mexicana del siglo xx*. México: FCE-Conaculta- Universidad Veracruzana (Biblioteca Mexicana), 2008, p. 55.

utopía: también se queda con esta última y, al hacerlo, descarta cualquier posible alianza con el pasado.

González Martínez, evidentemente, ignora la noción misma de utopía. Lo mismo pasará con Alfredo R. Placencia; lo mismo habría ocurrido con José Rosas Moreno. Ello no impide que, cada uno a su manera, confirmen los tres el dictamen que Michael Hamburger emitirá en *La verdad de la poesía* muchos años más tarde: "La única constante en la actitud de los poetas romántico-simbolistas es su rechazo de la hechura misma de la civilización moderna".⁷

Rosas Moreno, el romántico, González Martínez, el simbolista, y Placencia, el posmodernista, comulgarán (inconscientemente, sin duda) con el principio moderno según el cual no hay presente habitable para la poesía. Recelosos del pasado y expulsados del presente, los poetas no pueden aspirar sino al refugio de un futuro incierto. Ese futuro, sin embargo, queda por inventar; es una ciudad, sí, pero una ciudad imaginaria, y su política es imposible porque imaginación y política son conceptos excluyentes entre sí:

De alguna forma, todos los poetas con actitudes romántico-simbolistas han sido políticos, en la medida en que sus valores surgen de la imaginación, y la imaginación es demasiado radical y utópica para ajustarse a imperativos políticos.⁸

En términos históricos, es indispensable situar a González Martínez en el contexto de la revolución mexicana, por lo menos en las condiciones más bien benignas en que se vivió la guerra civil en la capital del país. Antonio Saborit enfatiza el hecho de que, aun tras el paso de los ejércitos revolucionarios por la ciudad de México, ésta "parecía esencialmente la misma" en la segunda década del siglo xx que durante la dictadura de Porfirio Díaz".⁹ Tal pareciera que los movimientos artísticos de aquellos años existieron como una reacción contra la inmovilidad aparente de la ciudad:

La sublevación de la capital contra la misma capital, por designar o nombrar así —de manera provisional— la actitud de numerosos artistas e intelectuales avocados en ella en contra de las atmósferas urbanas y el anquilosamiento social, político e intelectual de la minoría política, desde luego urbana, que por primera vez en la historia nacional reclamaba desde su apodo de ‘científicos’ la preponderancia de la razón en las decisiones del régimen; esa reacción de la capital contra la capital en persona es testimonio de otro tipo de aislamiento y parece como un espejismo que sólo podría derivarse de la rara entraña de esa sociedad mocha, rural, corporativa, caciquil, dictatorial y cruzada por las consecuencias de su misma apuesta a la modernidad. No son pocas las evidencias de tal aislamiento de la capital, y abundan precisamente entre quienes tuvieron la osadía y la juventud (y también la ambición) necesarias para erguirse librescamente en una República más bien bastante alejada de las letras y en la que sí, en cambio, la ignorancia y el analfabetismo eran los saldos menos crueles de su disparejo tejido social.¹⁰

Así las cosas, debe guardarse un mínimo de cautela para no dar por supuesto que González Martínez, en “El retorno imposible”, se manifestaba contra el México rural o lo apostaba todo en favor del México urbano. Más que decantarse por un presente directo, sin duda criticable pero en todo caso palpable y objetivo, el *homo viator* del poema se dirige sin tregua rumbo a un futuro ideal, nunca realizado. La subjetividad intransferible de la memoria infantil no es reemplazada por la materialidad eventual del tiempo presente, sino por otra subjetividad no menos absoluta: la de una plenitud y una madurez previstas en el horizonte, pero todavía no alcanzadas.

Es famoso el pasaje de las *Cartas a un joven poeta* en que Rainer Maria Rilke le hace ver a su interlocutor que, aun aislado en una celda y privado de toda experiencia, el verdadero poeta seguiría en contacto con la poesía gracias a la infancia, que la memoria resguarda como un tesoro.¹¹ ¿No es de semejante posesión de lo que, significativamente, González Martínez buscaba desprenderse al escribir un poema

10. *Ibid.*, p. 70.

11. Rainer Maria Rilke. *Cartas a un joven poeta*. Traducción de Ricardo Baeza. México: Ediciones Coyoacán (Reino Imaginario), 1995, p. 17.

como “El retorno imposible”? Otro poeta jalisciense, Alfredo R. Placencia, nacido apenas dos años después que González Martínez, parece haberse planteado un conflicto análogo en un poema de su libro *El paso del dolor* (1924):

Ponte a buscar los muros,
a ver qué queda.
Un terrón, cuando menos,
deberá haber quedado sobre la tierra.

Besa el terrón hallado.
Tu boca besa,
cuando el terrón besares,
las pisadas paternas,
todas ellas piadosas
y todas buenas.

Carga con tu desierto,
grita a la parentela.
Ponte a buscar los muros...
A ver qué queda.

Ve a buscar en seguida
la vieja puerta.
Alguna astilla leve
quedará, cuando menos, sobre la tierra.
Besa también la astilla.
Esa astilla te cuenta
cómo entraba a menudo,
como una abeja,
con sustento cargado, tu muerto padre
por esa puerta.
Ponte a buscarla, búscala,
a ver qué queda.

Busca el granado viejo,
de ramas como muertas,
que así, viejo y cansado,
daba las flores vírgenes y nuevas.
Y no te olvides de buscar el tronco,
a ver si queda,
del naranjo que, un día,
el buen viejo plantó sobre la puerta.

Fácil es que de aquello nada quede;
 pero tú siempre búscalos, poeta,
 y acarícialos y bésalos.
 Quién sabe
 si algo viva y lo encuentres.
 Dios lo quiera.¹²

Esos “muros” que ya no existen son, desde luego, una sinécdoque de la casa natal. El poema, en modo imperativo, apela siempre a un *tú* que, al final del texto, resulta ser el propio poeta. Cabe leer el texto, por lo tanto, como un arte poética: el poeta, vaciado de sí mismo hasta quedar “desierto”, no tiene otro deber que buscar, buscar entre las cosas muertas, con la esperanza de que algo viva todavía. Y todo, en efecto, parece haber muerto (los muros, la puerta y el árbol) pero en todo, al mismo tiempo, late una promesa, una esperanza, más que de resurrección, de reconciliación con lo real, con la materia tangible. Residuo último del edificio añorado, el “terrón” que halla el poeta en donde alguna vez estuvo la casa es una cristalización literal de la patria, o sea de la tierra paterna. Resulta significativo encontrar alusiones complementarias al padre y a la tierra natal en un poema varias décadas anterior, obra del también jalisciense José Rosas Moreno, cuyo asunto general aparece ya explícitamente condensado en el título, “La vuelta a la aldea”:

Ya el sol oculta su radiosa frente;
 melancólico brilla en occidente
 su tímido esplendor;
 ya en las selvas la noche inquieta vaga
 y entre las brisas lánguido se apaga
 el último cantar del ruiseñor.

¡Cuánto gozo escuchando embelesado
 ese tímido acento apasionado
 que en mi niñez oí!
 Al ver de lejos la arboleda umbrosa
 ¡cuál recuerdo, en la tarde silenciosa,
 la dicha que perdí!

12. Alfredo R. Placencia. “A ver qué queda”. *Poesía completa*. Edición de Ernesto Flores. México: FCE-Conaculta, 2011 (Col. Poesía) pp. 225-227.

Aquí, al son de las aguas bullidoras,
de mi dulce niñez las dulces horas
dichoso vi pasar,
y aquí mil veces, al morir el día
vine amante después de mi alegría
dulces sueños de amor a recordar.

Ese sauce, esa fuente, esa enramada,
de una efímera gloria ya eclipsada
mudos testigos son:
cada árbol, cada flor, guarda una historia
de amor y de placer, cuya memoria
entristece y halaga el corazón.

Aquí está la montaña, allí está el río;
a mi vista se extiende el bosque umbrío
donde mi dicha fue.
¡Cuántas veces aquí con mis pesares
vine a exhalar de amor tristes cantares!
¡Cuánto de amor lloré!

Acá la calle solitaria; en ella
de mi paso en los céspedes la huella
el tiempo ya borró.
Allá la casa, donde entrar solía
de mi padre en la dulce compañía.
¡Y hoy entro en su recinto sólo yo!

Desde esa fuente, por la vez primera,
una hermosa mañana, la ribera
a Laura vi cruzar,
y de aquella arboleda en la espesura,
una tarde de mayo, con ternura
una pálida flor me dio al pasar.

Todo era entonces para mí risueño;
mas la dicha en la vida es sólo un sueño,
y un sueño fue mi amor.
Cual eclipsa una nube al rey del día,
la desgracia eclipsó la dicha mía
en su primer fulgor.

Desatóse estruendoso el torbellino,
al fin airado me arrojó el destino
de mi natal ciudad.
Así cuando es feliz entre sus flores

¡ay! del nido en que canta sus amores
arroja al ruiseñor la tempestad.

Errante y sin amor siempre he vivido;
siempre errante en las sombras del olvido...
¡Cuán desgraciado soy!
Mas la suerte conmigo es hoy piadosa;
ha escuchado mi queja, cariñosa,
y aquí otra vez estoy.

No sé, ni espero, ni ambiciono nada;
triste suspira el alma destrozada
sus ilusiones ya:
mañana alumbrará la selva umbría
la luz del nuevo sol, y la alegría
¡jamás al corazón alumbrará!

Cual hoy, la tarde en que partí doliente,
triste el sol derramaba en occidente
su moribunda luz:
suspiraba la brisa en la laguna
y alumbraban los rayos de la luna
la solitaria cruz.

Tranquilo el río reflejaba el cielo,
y una nube pasaba en blando vuelo
cual pasa la ilusión;
cantaba el labrador en su cabaña,
y el eco repetía en la montaña
la misteriosa voz de la oración.

Aquí está la montaña, allí está el río...
Mas ¿dónde está mi fe? ¿Dónde, Dios mío,
dónde mi amor está?
Volvieron al vergel brisas y flores,
volvieron otra vez los ruiseñores...
Mi amor no volverá.

¿De qué me sirven, en mi amargo duelo,
de los bosques los lirios, y del cielo
el mágico arbol;
el rumor de los céfiros suaves
y el armonioso canto de las aves,
si ha muerto ya de mi esperanza el sol?

13. Debo la siguiente información a Irma Estela Guerra, especialista en la obra de Rosas Moreno: “La vuelta a la aldea” se publicó por vez primera en el tomo I del *Parnaso mexicano* (1885) y apareció después en *Ramo de violetas*, miscelánea de poemas del autor con prólogo de Ignacio Manuel Altamirano (México: Antigua Imprenta y Librería de Murguía, 1891). Yo transcribo la versión incluida por Juan Domingo Argüelles en *Dos siglos de poesía mexicana. Del XIX al fin del milenio: una antología*. México: Océano, 2001 (Col. Intemporales), pp. 74-76.

Del arroyo en las márgenes umbrías
no miro ahora, como en otros días,
a Laura sonreír.
¡Ay! En vano la busco, en vano lloro;
ardiente en vano su piedad imploro:
¡jamás ha de venir!¹³

El poema comienza en el atardecer, y éste cede poco a poco a la noche. Así las cosas, el texto, que debe ser entendido como un ejercicio nocturno de rememoración y conciencia reflexiva, también adquiere rasgos de sueño escrito. No está de más recordar que González Martínez da igualmente a su poema un rango de “sueño”.

“Atrás quedó la fuente / cantarina y jocunda”, escribía González Martínez. “Aquí, al son de las aguas bullidoras, / de mi niñez las dulces horas / dichoso vi pasar”, había dicho antes Rosas Moreno. Una fuente y otra parecen la misma. En todo caso, ambas deben comprenderse como figuras de un pasado remoto, metáforas de un origen que, aunque reconocible, parece ya inalcanzable de tan distante. La distancia, en todo caso, es el drama que Rosas Moreno expresa en “La vuelta a la aldea”: una *distancia* que, al teñirse de melancolía y conciencia de la separación, toma la forma específica del *distanciamiento*. Rosas Moreno ve un bosque, pero lo ve *de lejos*: “Al ver de lejos la arboleda umbrosa...”

Una de las reflexiones más profundas a que ha dado lugar la poesía moderna es, precisamente, la reflexión a propósito del distanciamiento. Piénsese, por ejemplo, en “Le cygne” de Baudelaire, poema en que la nostalgia por la ciudad perdida toma forma en esa misma ciudad, pasado el tiempo. Así, del objeto de la nostalgia cabe decir que no sólo es determinado espacio, sino también determinado tiempo. Todo paraíso perdido es, además de un lugar, una edad perdida, y remitirse a ella es chocar de golpe con la evidencia de su erosión, de su inevitable desvanecimiento. En el orden más amplio de la poesía contemporánea, dicha reflexión cobró incluso la forma de la implícita o soterrada polémica entre Paul Celan y Martin Heidegger cuando

el poeta visitó al filósofo en su cabaña de la Selva Negra. Más allá de las condicionantes personales e históricas que, hasta donde se sabe, tiñeron el encuentro Celan-Heidegger, la observación que hizo en su momento Gerhart Baumann es aplicable al conflicto interior que, a través del poema de Rosas Moreno, puede afirmarse que también atañe a los poemas de Placencia y González Martínez:

Lo que separaba a Celan de Heidegger, en última instancia, eran sus diferentes puntos de vista: Heidegger trataba de considerarlo todo con la mirada más amplia, prehistoria, condiciones y efectos como un complejo indivisible; para Celan todo se concentraba en un punto focal... El pensador confiaba en una lejanía clarificadora; el poeta insistía en la palabra inmediata.¹⁴

El viaje al pueblo natal pone a Rosas Moreno a oscilar entre lo diferido y lo inmediato, entre la deseada fusión con el objeto de su añoranza y el distanciamiento (no sólo espacial, sino temporal) que fatalmente los divide. Ahora bien, ese distanciamiento es también de signo estético y, más específicamente, poético. Nótese que la irrecuperable mujer amada, en “La vuelta a la aldea”, se llama Laura, como si de alguna forma se tratara de Laura de Noves, la “dama de pensamientos” de Petrarca. Téngase presente, por lo demás, el título con que fue publicado en un principio el *Cancionero* de Petrarca: *Rime in vita e rime in morte de Madonna Laura*. Dado lo anterior, si en la evocación de “Laura” se percibe una huella de petrarquismo, también puede interpretarse que, al ausentarse Laura, se ha perdido también un modelo, una forma de hacer poesía: la suya es, palabra por palabra, una “ciudad sin Laura”, para retomar, descontextualizándolo, el título de un poemario de Francisco Luis Bernárdez. La nostalgia de Rosas Moreno, en este sentido, es añoranza del padre (“Allá la casa, donde entrar solía / de mi padre en la dulce compañía”) pero también, con el padre, de los ancestros, incluso de los antepasados literarios.

14. Gerhart Baumann. Citado por Paulo Barone en “Presente y utopía: notas sobre Heidegger y Celan”. Gianni Vattimo (comp.). *Filosofía y poesía: dos aproximaciones a la verdad*. Trad. Víctor Magno Boyé. Barcelona: Gedisa, 1999 (Cla-De-Ma) p. 37.

En síntesis, ¿qué destacar en los poemas referidos de González Martínez, Placencia y Rosas Moreno? Primero que nada, que, al percibirse lejos del pueblo evocado, tanto en el tiempo como en el espacio, los poetas hablan de sí mismos como de personas angustiadas o desgraciadas. En segundo lugar, que, al referirse al paisaje, casa o pueblo natal, se refieren los tres a la niñez o la primera juventud. Y, en tercer lugar, que si González Martínez parece vincular esa tierra natal con cierto erotismo juvenil intangible y acaso trascendente, Placencia la relaciona directamente con la memoria del padre y Rosas Moreno con ambos, sensualidad juvenil y respeto por los ancestros combinados en una misma evocación melancólica. En los tres casos puede verificarse un mismo fenómeno recurrente, a saber: que la tierra natal aparece bajo la forma de un *locus amœnus* fracturado, arruinado, abandonado, corrompido en suma. En otras palabras, en el pueblo natal siempre falta alguien o algo, siempre un edificio ha sido destruido, profanado un santuario, desprovista de significación una experiencia.

En caso de que las anteriores conclusiones pudieran generalizarse a toda la poesía, justo sería decir que aquel viejo tópico del “menosprecio de corte y alabanza de aldea” (*id est*, la versión castellana del *beatus ille* horaciano) se vuelve inoperante conforme la modernidad se apodera de la lírica, que se radicaliza en todo caso y da lugar a un “menosprecio de corte y menosprecio de aldea”, es decir: a una ruptura simultánea con la ciudad y el campo, con *cultura* y *natura*, con la memoria y la utopía, con la madurez y la infancia. Para ello es indispensable que se mantenga una poderosa tensión emocional entre los poetas y los mitos asociados a la tierra natal, merced al hecho de que los terruños, en poesía, son espacios íntimos, mentales y subjetivos, no espacios públicos. Y, en la medida que gracias a dicha tensión la patria y el espacio público adquieren consistencia, todo lo anterior involucra un concepto muy nítido de *polis*, es decir: de ciudad

entendida como espacio material (*urbs*) y como espacio mental (*civitas*).

En último término, si el pueblo natal es el espacio de la infancia, el sitio desde donde la infancia es evocada no puede ser sino el territorio adulto de la conciencia y la interiorización del paso del tiempo, el envejecimiento e incluso la decrepitud, y ese territorio es el de la política, o sea el de la convivencia adulta en el espacio público. Si tal cosa existiera, la eventual “política de la poesía” debería plantearse fatalmente como una paradoja, ya que ningún poeta sería capaz de intervenir *como poeta* en el espacio público sin antes apropiarse de dicho espacio, que se vería transformado por ello. El espacio público, en este sentido, no existe para la poesía, que solamente lo representa distorsionado, alterado por la emoción, trastornado por el deseo, devastado por temores y angustias.

Literatura y política: el caso de Agustín Yáñez

Jean Franco
Universidad de Montpellier III

Introducción

En muchos países de Latinoamérica, y especialmente en México, ya desde el siglo XIX se produjo una confusión entre el intelectual y el hombre político. Dedicarse a la literatura era otra forma –además del periodismo y la docencia– de comunicar ideas y ejercer cierto peso en la vida pública. Muchos escritores accedieron a excelsos puestos políticos, como, por ejemplo, la presidencia de la república de su país para Domingo Faustino Sarmiento y Rómulo Gallegos, siendo incontables los casos de alianza de la pluma y el poder.

Desde esa época en México tampoco existe diferencia entre las dos trayectorias, sirviendo a menudo una de escalón para la otra. Y esta fusión se incrementará después de la revolución de 1910, cuando los intelectuales van a tener que expresar la ideología y las tendencias profundas del nuevo Estado mediante el muralismo y la novela de la revolución, entre otras manifestaciones. Incluso se puede considerar que se ha fraguado en México una nueva figura del intelectual, un intelectual al servicio del poder.¹ Pero ése es un caso límite y además, el contubernio entre los intelectuales y el poder se quebró dramáticamente con el gran trauma colectivo de 1968. Lo cual no impide el sueño dorado de los poderes de captar a la intelectualidad, como dijera el personaje de Carlos Fuentes: “dame clase y te doy lana, dame lana y te doy clase”.

1. Véase Annick Lemperrière. *Intellectuels et État et société au Mexique au XXe siècle*. Les clercs de la nation. París: L'Harmattan, 1992.

*Agustín Yáñez y
la acción política*

Cuando asume en 1952 el mando de su estado natal, Agustín Yáñez ingresa de lleno en el territorio de la política mexicana que sólo había rozado hasta la fecha al desempeñar ciertos puestos de responsabilidad cultural en la capital del país: radio, bibliotecas, periodismo, docencia, quedándose en el ámbito de las artes y de la reflexión científica. No se había metido realmente en las luchas partidarias ni en la vida institucional. Ser gobernador de Jalisco constituye para él quizás una sorpresa, por pasar del campo de las ideas a su realización, con todos los obstáculos que se interponen entre la concepción teórica y su plasmación efectiva. Pocos casos de advenimiento tan súbito se dan, con los riesgos de la entronización de un intelectual “puro”,² poco avezado al universo de los conflictos y las componendas. Un salto al vacío, en cierta forma, los pinitos de un escritor lanzado al redondel de los apetitos y ambiciones. Aunque la carrera de Yáñez seguirá después de modo muy “natural” (Consejero de la Presidencia, Secretario de Educación Pública), el momento clave, en nuestra opinión, se sitúa en esta primera función pública en Jalisco en que el político novato puede cotejar sus sueños de jalisciense abierto con la dureza de las realidades nacionales, económicas y sociales, y tender puentes entre el empíreo de las ideas y el mundo concreto de la acción.

Como acota Jaime Olveda³, Yáñez dista mucho de ser un caso aislado: antes bien, corresponde a la difundidísima figura del intelectual colaborador del poder. Ya desde sus años de formación en Guadalajara y las actividades literarias de su revista *Bandera de provincias*, había tratado de intervenir en la vida pública, en casos culturales exclusivamente: trabaja con el gobierno de Luis Castillo Ledón en Nayarit como Director de Educación Primaria. Ese interés no cesa, al contrario. Con su traslado a la ciudad de México, a los temas de educación y docencia –sin hablar de la crítica

2. En nuestras sociedades del espectáculo, los intelectuales están en el candelerero mediático y les piden a menudo su opinión sobre los grandes problemas contemporáneos. De ahí que, a veces, crean haberse transformado en expertos de la vida social. Algunos ceden a la tentación de lanzarse al ruedo político, con éxitos muy relativos: el mundo de la política no es el de las ideas, el manejo de los seres no tiene que ver con el de los conceptos.

3. “Agustín Yáñez frente a la crítica literaria”. Rafael Olea Franco (ed.). *Agustín Yáñez: Una vida literaria*. México: El Colegio de México-Fundación para las Letras Mexicanas, 2007, pp. 41-54.

4. Yáñez toma a su cargo siete volúmenes (edición, selección, notas y prólogo) de literatura, entre los cuales se pueden destacar los que están dedicados a Altamirano y Lizardi (uno de los autores que más le atraen). También publica dos espléndidas biografías de dos intelectuales/hombres de acción, Justo Sierra y Fray Bartolomé de las Casas. Entre los 143 artículos publicados en periódicos y revistas, más de la mitad versa sobre temas de literatura y cultura y atestiguan un eclecticismo de amplios vuelos.
5. La historia parece constituir para Yáñez una línea predilecta, al igual que la literatura. Ocho libros de la Biblioteca del Estudiante Universitario están a su cargo y los excelentes prólogos que redacta son los de un investigador más que del responsable de la colección. Véase, Jaime Olveda, "La obra histórica de Agustín Yáñez". Agustín Vaca (ed.). *Acto preparatorio: Agustín Yáñez a cien años*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2003, pp. 45-51.

literaria que sigue practicando en grande a través de numerosas notas y artículos—,⁴ se suman actividades de otro tipo.

En efecto, desde 1934 hasta su postulación como candidato al gobierno de Jalisco, funge como jefe del Departamento de Bibliotecas y Archivos Económicos de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, lo cual lo pone en contacto con la vida económica. Mediante su excelsa participación en los volúmenes de la Biblioteca del Estudiante Universitario y en otras series, emprende una formación cabal de historiador, aunando el conocimiento teórico y la escritura.⁵ Historia y economía son dos puntales imprescindibles para la formación de un buen servidor público y, de hecho, cabe matizar lo dicho anteriormente: Agustín Yáñez no es ningún marciano extraviado en la política. Cuando otros están sumidos en luchas estériles por el poder, él amplía su reflexión sobre la sociedad, a partir de una visión histórica, y discurre sobre lo mexicano, con vistas a adaptar los conceptos generales a situaciones específicas. Su irrupción en el campo de la política de alto nivel en 1952 no corresponde a ningún oportunismo ni sueño de poder: sólo se trata de una legítima ambición de aplicar pensamientos históricos y filosóficos a realidades sociopolíticas de su Estado.

El autor exitoso de *Al filo del agua* (1947) pasa a la práctica con el gobierno de Jalisco (1953-1959) y luego la Secretaría de Educación Pública (1964-1970). Más prestigiosa, la segunda función no obstante nos interesa menos en la medida en que sólo atañe a la educación y no ofrece grados de autonomía suficientes respecto de la presidencia. En cambio, el gobierno del estado permite abarcar todo el abanico de la realidad, y la tutela del poder central es menor. Por eso, vamos a enfocar preferentemente el primer periodo, con la reserva de que, así como en el segundo caso, sólo se trata de balances del sexenio o de colecciones de discursos: *Discursos por Jalisco*, *Discursos por la reforma*, *Discursos al servicio de la educación pública*, declaraciones y alocuciones reproducidas por la prensa,

no forzosamente redactados por el Gobernador o el Secretario, aunque inspirados por él.⁶ Y de todos modos, entre los numerosos escritos suyos, escasean los textos dedicados a la reflexión política propiamente dicha; los más se dirigen hacia la estética, la historia, la filosofía, la antropología, o bien son discursos de circunstancia: inauguraciones, celebraciones, aniversarios.

*Manos a la obra:
gobernar Jalisco*

El mandato de Yáñez en Jalisco sólo puede enfocarse atinadamente tomando en cuenta las características de la presidencia de Adolfo Ruiz Cortines: es dable observar cierta continuidad (lo cual no es sorprendente en México) y cierta congruencia. En realidad, no es que el gobernador de Jalisco aplicara a ciegas directivas del poder federal: los anuncios hechos desde ciudad de México por el nuevo presidente se avienen perfectamente a los anhelos profundos del jalisciense y éste les va a dar forma cabal, inmejorable, en la medida en que corresponden a su filosofía personal.

Apodado amablemente “el Viejo” por Miguel Alemán, su predecesor, Ruiz Cortines se presenta de buenas a primeras como la antítesis de éste, con un nuevo concepto del desarrollo y sobre todo la voluntad de moralizar la vida pública. “Austeridad y trabajo”, el lema de la campaña ruizcortinista, se sitúa en las antípodas de la gestión brillante y escandalosa de su coterráneo veracruzano. Desde su discurso inicial pregona implícitamente su antialemanismo al señalar sus dos prioridades: la lucha contra la injusticia social y el deseo de servir al pueblo (y no servirse de él). El periodo de Miguel Alemán, el que inauguraba la era de los “licenciados”, significó una política dirigida a una alta burguesía de negocios que aprovecha su posición dominante para enriquecerse descomedidamente, dedicándose a la corrupción y al chanchullo. El “desarrollo” fue el credo oficial del presidente, con una política de obras públicas ingentes: urbanizaciones,

6. Un amigo jalisciense me decía, probablemente en son de broma, que en toda la historia de Jalisco el único gobernador que redactaba él mismo sus discursos era Agustín Yáñez.

carreteras, ferrocarril, instalaciones portuarias, infraestructuras de todo tipo, turismo en grande; y una industrialización a marchas forzadas –que no apuntaba a las zonas no productivas–, con llamamiento a la empresa privada, que fue la puerta abierta a los capitales norteamericanos, muy felices de la ganga que se les brindaba. Los frutos del crecimiento no se repartieron equitativamente, quedando México muy atrás de los demás países del área en el gasto social, y sólo sirvieron para la edificación de fortunas escandalosas. Para asegurar tal preeminencia, se practicaron el control social estrecho, charrismo sindical, pauperización de los obreros, reforzamiento de la “pequeña propiedad” en detrimento del ejido, represión brutal de las manifestaciones; el gasto público se disparó, ascendiendo la deuda exterior a 346 millones de dólares en 1951 y devaluándose el peso en 90%.

Modestia, rigor, mesura, escanden el discurso de un Ruiz Cortines asqueado por el giro del régimen operado por su antecesor. Menos marcado por las manías de la vida política, sólo entra en el ruedo a los 45 años,⁷ intenta moralizar la administración imponiendo reglas estrictas: publicación del patrimonio de los funcionarios, incluido él, lucha contra la corrupción, reducción del gasto público, y tratando de transmitir a todo el cuerpo social normas de moderación y severidad creará Juntas de Mejoramiento Moral y Cívico, que antes había implantado en el gobierno de Veracruz. Su concepto de “desarrollo estabilizador” ostenta otra tónica que la del alemanismo; menos vistosa, su política propende a un desarrollo armónico más general, con vistas a ayudar a ciertas regiones atrasadas o aisladas.

En particular, será la época de la famosa “Marcha al Mar”, el deseo de colonizar ciertas zonas costeras mal comunicadas. Se identifican setenta zonas portuarias por desarrollar y vincular con el resto del país, saneando los litorales inhóspitos y erradicando el paludismo. Vías férreas y caminos de terracería se multiplican, sin olvidar aeropuertos, presas, hospitales. Los programas

7. Nótese de paso el paralelismo: Yáñez accede a las altas funciones a los 47 años.

sociales de bienestar se anuncian, tanto en el campo como en las ciudades; nacen el Instituto Nacional de la Vivienda, los Programas de Bienestar Social Rural, la Comisión de Energía. Todos los discursos del periodo subrayan esa voluntad de justicia social, de apoyo a la pequeña y mediana empresa, al proletariado urbano, a los campesinos, a los marginados, y aunque a menudo de la intención al hecho hay gran trecho⁸, queda en pie ese anhelo de acercarse al pueblo y al conjunto de la sociedad, con la doble orientación de desarrollo equilibrado y de moralización de la vida pública.

Ese doble signo marcará inequívocamente la gestión de Agustín Yáñez en Jalisco de 1953 a 1959. La campaña ruizcortinista de austeridad y rigor encontrará en Jalisco su mejor eco, con algunos logros innegables. Para exponer la acción del gobernador de Jalisco, disponemos de los discursos programáticos del candidato, de sus intervenciones al correr el sexenio y de los cinco informes anuales. Pero, sobre todo, nos valdremos del excelente balance completo de fin de mandato en dos gruesos volúmenes, uno gráfico, *Nueva Imagen de Jalisco*⁹, y otro textual, *Noticia de Jalisco, 1953-1959*¹⁰. Dos preciosos libros, importante fuente de información y mirada retrospectiva sobre su acción por el mismo gobernador quien moldeó al texto, como lo demuestra el estilo inconfundible muy de Yáñez.¹¹

Valga de ejemplo el prólogo de *Noticia de Jalisco*, un compendio perfecto de su visión y reflexión, con su lirismo genuino. Ni “memoria administrativa” ni “apología” (p. 5), *Noticia de Jalisco*, tiene visos de “examen de conciencia y punto de partida” (p. 14) y pretende presentar la compilación y tónica del sexenio en Jalisco:

La tarea del período (1953-59) fue presidida por el principio de que la política es arte viril de hacer llegar al Estado a etapas de desarrollo superiores a las que prevalecían al iniciar el mandato (Scheler), previo el conocimiento –hecho familiaridad– y la jerarquización de problemas, urgencias, soluciones, recursos y posibilidades; esto es: la planeación instaurada como norma de Gobierno, teniendo por objeto el

8. Por supuesto, las buenas intenciones no bastan y las revoluciones “culturales” no pasan a veces de meras declaraciones. No tiene caso, en el marco de esta exposición, valorar los efectos de la política del sexenio de Ruiz Cortines pero la fuerza de la costumbre y de los malos hábitos es de mucha monta. No se puede decir, pese a la intachable honestidad del primer mandatario, que se haya erradicado la corrupción en aquellos años; antes bien, pronto se vinieron abajo los mejores programas.
9. *Nueva imagen de Jalisco*. Textos y coordinación de José Rogelio Alvarez. Fotografías de Héctor Torres y Gabriel Ibarra, con la colaboración de la filmoteca de “Provincia en Marcha” Guadalajara: Dirección de Promoción Económica, 1959, 366 páginas.
10. *Noticia de Jalisco*: Guadalajara, Dirección de Promoción Económica del Gobierno de Jalisco, 1959, 426 páginas. Nótese que no existe indicación de autor. El gobernador, con toda seguridad, supervisó muy cuidadosamente el texto y redactó él mismo por lo menos el extenso prólogo de diez páginas y muchas introducciones de subpartes, sobre todo en lo tocante a la obra moral.
11. Es gracioso –y significativo– comprobar cómo Yáñez “contaminó” a su más cercano colaborador el Director de la Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco, José Rogelio Alvarez: los textos que éste firma, por ejemplo las breves notas de *Nueva imagen de Jalisco* y los informes de la Comisión y de la Dirección de Promoción Económica, llevan el sello inconfundible del “estilo de gobernar” y de los conceptos propugnados por Agustín Yáñez durante su período de gobierno.

12. Los primeros apartados del volumen, después de una extensa introducción sobre el espacio y el tiempo, excelente análisis histórico de la entidad, atañen a los aspectos ético-cívicos; luego siguen “Salud pública”, “Ingeniería sanitaria”, y por fin “La obra cultural”, muy amplia. Sólo después les toca a los aspectos económicos, relegados a la segunda mitad del libro. Al final, los programas de desarrollo regional: la Costa, los Altos. El último capítulo versa sobre las cuestiones de Hacienda. Lo humano es pues prioritario.
13. Peca probablemente de optimista dicho alegato en cuanto a resultados pero algunos avances fueron innegables y patente la determinación del Gobernador en subrayar esas necesidades democráticas (es de notar que esta última palabra no aparece nunca en el libro). El sexenio terminó con el broche de oro de la espectacular “quema de armas de fuego”, el 28 de febrero de 1959 en el Palacio de Gobierno, como colofón a la gran campaña de despistolización llevada a cabo durante el mandato.
14. Por eso se organiza en Guadalajara el 16 de marzo de 1958, “con asistencia del Licenciado Adolfo López Mateos, entonces candidato a la Presidencia de la República”, un Seminario sobre las obras a proseguir y la proyección previsible del estado de Jalisco. Por supuesto, este deseo de continuidad de una política coherente no se cumplirá pero queda esa voluntad de racionalización y objetividad de Yáñez y su equipo.

máximo bienestar del individuo y de la colectividad, rechazado sistemáticamente el concepto antihumano del progreso y exaltada la dignidad de la persona por el ejercicio responsable de la libertad, la justicia y el trabajo creador (p. 5).

De las dos líneas fundamentales, la más importante sigue siendo la norma moral¹² que presidió a todos los actos de gobierno detallados con referencia a ese imperativo absoluto, que distingue a la política de la “simple administración”: los desarrollos morales se cifran en “una mejor conducta cívica, el espíritu de solidaridad como conciencia colectiva de la dignidad personal, el ejercicio responsable de derechos y obligaciones” (p. 6). Por eso, el gobierno de Yáñez, según *Noticia de Jalisco*, se respaldó en el derecho a la vida humana, el apego a la Ley como norma invariable, la exigencia de justicia social, el repudio de los abusos (y aún más en el caso de los funcionarios que han de mostrar el ejemplo), la protección a los desvalidos, el sentimiento de edificación moral individual y colectiva, la necesidad absoluta de libertad. El progreso moral conduce al progreso cívico en aras de una convivencia serena de donde está descartada toda forma de violencia o coacción. En todos los Informes y los discursos del mandatario asoma esta exigencia de moralización recalcada con mucha constancia y el Informe final reseña algunos de los resultados.¹³

Más original y significativa aparece la segunda orientación, la de la ciencia al servicio de la sociedad como garantía de adelantos materiales (y certeza de que no se despilfarran los créditos públicos). El libro subraya las excelencias de la planeación a largo plazo como método de gobierno para asegurar una continuidad de la política –trascendiendo los sexenios—¹⁴ y una buena utilización de los recursos financieros:

Levantamientos aerofotográficos de grandes extensiones, que permiten la formulación rigurosa de inventarios agrológicos, forestales, de recursos no renovables; el hallazgo de posibilidades y la correcta planeación de

obras públicas: irrigación, comunicaciones, electrificación, obras portuarias o de inversiones privadas; en seguida, triangulación geodésica de la zona costera, el primer censo especial de la propia región, la clasificación preliminar de la flora en la cuenca hacia Barra de Navidad, los estudios económicos referidos a la zona de los Altos, a los problemas del Lerma y de Chapala, a fundamentar la construcción del ferrocarril, el puerto y el nuevo aeropuerto de Vallarta; los proyectos detallados para las instalaciones portuarias de Vallarta y Melaque, y el de la nueva ciudad de Barra de Navidad; los planos reguladores de diversas poblaciones; los estudios de laboratorio sobre productos como el capomo y el chilte; la promoción de investigaciones sobre las reservas minerales de La Huerta y su ubicación; los trabajos de cartografía y catastro; los análisis de producción deficitaria, de disponibilidades financieras y de otros fenómenos económicos (p. 10-11).

Dicho conocimiento científico dio sus mejores frutos, en concepto de Agustín Yáñez, en la labor de la Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco, dotada de personalidad jurídica: a partir del conocimiento profundo de la costa con su enorme potencial económico, se organizó racionalmente, en el marco de la “Marcha al Mar”, la colonización de grandes áreas.

Aun en nuestros días no deja de sorprender ese modo de gobernar que desdice las reglas políticas acostumbradas de la época. En particular, se prescinde de la referencia obligada a la revolución y su política nacionalista, tal vez como anticipo del ocaso de esa ideología: la revolución como piedra de toque –y coartada– de todas las acciones. Sólo unas cuantas líneas evasivas recuerdan la dimensión histórica, con el énfasis en una sola faceta, la “doctrina humanista”.¹⁵ Tal vez sólo sea una cuestión de “estilo” pero ese periodo de gobierno reviste una personalidad propia, de acuerdo con una visión del mundo específica del mandatario.

Noticia de Jalisco establece la jerarquización significativa de los problemas de los jaliscienses y el orden de prioridades : conviene “a) dar garantías al pueblo; b) alimentarlo y asistirlo convenientemente;

15 .“Constante y con lealtad, el programa de Jalisco entre 1953 y 1959 estuvo inspirado y se apegó a la doctrina humanista de la Revolución Mexicana. Con el título de *Discursos por Jalisco*. México: Porrúa, 1958, volumen que reúne las piezas producidas por el licenciado Agustín Yáñez desde su candidatura, a lo largo de su gestión gubernativa, no deja lugar a duda sobre la coherencia y sistematización de principios, profunda, inconfundiblemente revolucionarios, día con día traducidos en actos y obras, sin claudicaciones ni desviaciones; vale decir: la política en su cargo rector de la administración”. p. 7.

16. Se piensa, desde luego, en el famoso cuento de Juan Rulfo “El día del derrumbe”, de *El llano en llamas*, la grotesca caricatura de la visita del gobernador y su séquito a una zona afectada por el terremoto. Incluso si son palabras, a veces, la actitud de Yáñez se aparta mucho del estereotipo de la acción política tradicional.

17. En la presentación en defensa propia, el Gobernador de Jalisco asesta golpes despiadados a la “falsa política” que carece de planos fijos y miras a largo plazo: impera en ella “lo fortuito, lo inmediato, el azar, la inestabilidad”, con su terapéutica social, el “sinapismo”; su norma, “ir saliendo del paso”; su recurso, “la perpetua contradicción y el cúmulo de argucias justificantes” (p. 6).

c) cuidar de su salud; d) educarlo; e) comunicarlo; f) proporcionarle medios de trabajo” (p. 8). Dicha visión “asistencial” (el aspecto económico sólo llega al final) orienta todos los actos y escritos del sexenio, con gran rigor expositivo. Se apunta la nítida voluntad didáctica de exponer los lineamientos de una acción concertada y planeada. Así es como se manifiesta la voluntad de explicar y difundir los fundamentos del quehacer del gobierno en todas las áreas del Estado y en las cabeceras municipales, con “exhibición de cortos cinematográficos, diapositivas, planos y cuadros estadísticos” (p. 8), buena oportunidad de contacto con todas las clases sociales y los rincones más alejados.

Agustín Yáñez pregona lo novedoso del procedimiento, “desusado” (p. 8), testimonio de una verdadera intención de vinculación y entendimiento.¹⁶ El arte comunicativo pertenece a una clara voluntad política y a un “método de gobierno”, con una “fidelidad a la palabra empeñada” y una honestidad personal a toda prueba.

En el libro-resena, a la par que proyecta una línea política en actos significativos, Yáñez se defiende de los embates de la “malicia” al vituperar la manera “tradicional” de concebir el papel público y sus procedimientos inventados “como rehuir o aplazar problemas, improvisar paliativos, alentar espejismos, tender columnas de humo, buscar la línea de menor resistencia, entrar en componendas que hacen crónicos los males sociales” (p. 5): una diatriba feroz en contra de las prácticas prístias consabidas, totalmente inesperada en boca de un supuesto partidario del régimen.¹⁷ De este modo, Yáñez propugna una forma disímil de hacer política al plantear la distinción clave entre administración y política, siendo el factor humano el elemento discriminante:

Sería inadmisibles decir que hubo administración, pero no política. La obra fue eminentemente política: de otra suerte no hubiera suscitado el encarnizamiento de intereses propuestos a impedir la vindicación del concepto y el ejercicio de la política con sus atributos de conciencia activa de la

realidad, imaginación creadora, emoción ejecutiva, espíritu de servicio y humildad ante las necesidades del pueblo, voluntad inquebrantable, desinterés personal: enunciados que, pareciendo utopías, primero desataron la ironía y, a medida de su progresivo cumplimiento, la oposición de los empecinados en propalar lo impolítico del programa y aun su absoluta carencia de sentido político (p. 5-6).

El rendimiento material, en opinión del Gobernador de Jalisco, ha de supeditarse a los “aspectos morales de la vida social” (p. 5), basados éstos en una mejor conducta cívica y una conciencia de solidaridad colectiva.

¿De qué servirá –pregunta– tener caminos y tierras fértiles y las comodidades, si los hombres no son mejores, si no reina la concordia en los pueblos, si no hay paz, armonía y solidaridad entre las gentes? ¿De qué sirve crear riqueza si ésta no se distribuye equitativamente, antes se ahonda la distancia entre los que tienen y los que carecen de todo recurso?¹⁸

De este “experimento” innovador, nada “literario” o “utópico”, como expresan las “malas lenguas”, es prueba fehaciente la labor de la Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco (CPCJ), perfecto laboratorio para los nuevos conceptos de desarrollo: “la planeación conduce a la promoción y adopta así el carácter de un multiplicador de la actividad económica” (p. 321). Con objeto de lograr adelantos económicos y humanos del litoral jalisciense, el equipo científico del Gobernador lleva a cabo un estudio pormenorizado de todas las realidades. Se sigue estrictamente un método racional, cuyos puntos principales son el análisis del ingreso y su distribución, el estudio de mercado tanto local como nacional para los más de los productos, el inventario de recursos aprovechables, el examen de las disponibilidades financieras, la coordinación económica con las empresas privadas. Esta radiografía exhaustiva del estado permite llegar a la conclusión de que la gente de zonas aisladas o tierras pobres como la región de Los Altos o el Norte de Jalisco, relativamente numerosa, puede trasladarse a la costa potencialmente

18. *Discursos por Jalisco, op. cit.*, p. 99.

rica y prácticamente despoblada y sin mucha actividad. La CPCJ formula proposiciones de acuerdo con un plan conjunto muy completo. Se pone el énfasis, desde el principio, en el punto clave de las comunicaciones: resultan imposibles en época de lluvias y muy difíciles en época de secas; tampoco existen verdaderos aeropuertos ni instalaciones portuarias para el comercio y el turismo. De ahí el imperativo absoluto de una vinculación fácil desde el altiplano con objeto de facilitar el traslado y la creación de un mercado interior. A partir de los tres ejes viales principales de Guadalajara a la costa, y de la carretera costera que se irá realizando a tramos con la creación de zonas de recreo, se puede favorecer el surgimiento de núcleos urbanos (Barra de Navidad) y la implantación de empresas de fabricación y distribución: “el sistema circulatorio de la riqueza –aduce *Noticia de Jalisco*– es una función vital de la actividad económica conjunta y [que] la operación oportuna de cualquier otra forma de comunicación abrevia los esfuerzos y da mayor eficacia a la actividad social” (p. 223).

La transposición novelesca:
La tierra pródiga (1960)

Al finalizar su mandato, Agustín Yáñez se entrega a la redacción de su nueva novela, *La tierra pródiga*, inspirada muy fielmente en su tarea de gobernador. Vierte en ella, al parecer, sus experiencias y vivencias frente a realidades que ha descubierto con sorpresa y admiración en la Costa de Jalisco. Transcribir en un libro de ficción lo experimentado en el curso de la acción política expone a riesgos: el didactismo, la relación plana o aburrida, el maniqueísmo, el esquematismo. Y sobre todo, existe una incompatibilidad “genética” entre la política y la literatura pues, de cuantos intentaron fusionarlas, muy pocos lograron obras literarias de calidad: la primera maneja ideas y conceptos que son ajenos a la segunda, cuyo valor (estético) no se mide por el sistema de pensamiento, explícito o implícito, ni por la monosemia de un discurso conceptual.

No obstante, *La tierra pródiga* representa un caso aparte: un texto ficcional que piensa exponer una trayectoria política pero, de hecho, la pone en tela de juicio para abordar a esferas de la poesía, inesperadamente. Como que al escritor-político se le fue la mano, por presiones de un muy activo “no-consciente”.¹⁹

Primero, cae por su peso que la novela, escrita al amor de los acontecimientos, vehicula un mensaje político, en el sentido amplio de la palabra. Los objetivos y labor de la Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco encuentran su expresión detallada a lo largo de toda la novela a través de un portavoz estelar, el Ingeniero Medellín, encargado de llevar a su realización los nuevos conceptos de desarrollo. Con vistas a convencer a sus interlocutores costeños, expone, explica, argumenta pormenorizadamente, procurando hacerles partícipes de un plan de conjunto: deslindar terrenos gracias al catastro, suscitar su apoyo financiero, crear nuevas vías de comunicación para vincular a la zona con lo demás del país, incorporando las tierras vírgenes a la economía nacional. Con su grupo de científicos, el enviado especial racionaliza la acción oficial para que sea aceptada por los “beneficiados”, en aras de un porvenir brillante para Jalisco mediante una acción de colonización y una apertura prometedora.

El trabajo previo dejaba traslucir dificultades y éste será el descubrimiento por el Ingeniero de un universo estremeedor: se topa en efecto con un mundo violento de “fieras” reacias a toda intrusión en sus dominios. Esta va a ser la temática fundamental de la novela: la lucha del Ingeniero contra el caciquismo imperante. Siete modalidades de un mismo tipo, con sus caracteres genuinos: el usurero, el roba ganado, el talamontes, el corruptor, etc., delinean el sistema caciquil basado en la relación de fuerza y el abuso a fin de controlar vastas zonas y dominar a los escasos hombres que allí tratan de sobrevivir. El Ingeniero no es solamente vector de una organización económica racional y científica: propugna al mismo tiempo una sociedad fundada en el respeto

19. Para más precisiones, véase mi libro *Lectura sociocrítica de la obra novelística de Agustín Yáñez*. Guadalajara: Ediciones del Gobierno de Jalisco, 1988.

a la ley y a los derechos humanos. Tradicionalmente “aliados” del poder central o tolerados a disgusto por éste, los caciques se convierten ahora en obstáculo para la nueva sociedad que se avecina, basada en normas jurídicas y en la libertad de comercio. La novela narra la eliminación de esos testimonios de un pasado feudal y colonial.

En el nuevo sistema que se está estableciendo en la costa, la prioridad reside en la facilidad de las comunicaciones pues el aislamiento aseguraba la impunidad y el poderío de los “señores de la costa”: la carretera de Autlán a Barra de Navidad permitirá un control por parte de la autoridad a la par que la constitución de un mercado interior. El texto refiere la epopeya de la construcción del camino pavimentado a través de las montañas y barrancos. El símbolo del nuevo mundo lo representan los *buldóceres* que abren rutas en sitios escarpados y hostiles, encarnando la nueva dominación sobre las fuerzas naturales. Los ex “conquistadores de la costa”, remedo de Nuño de Guzmán, ya pertenecen al pasado y les toca la de perder en el enfrentamiento desigual contra la alianza de la ley y la máquina. El texto ensalza los cambios que se están gestando para mayor beneficio del país; levanta el himno a un régimen benefactor que lleva a cabo la obra de salubridad pública de acabar con el sistema del caciquismo y del clientelismo, frenos catastróficos para el progreso.

No obstante, ese texto de indudable condición historiográfica y política ostenta múltiples contradicciones y desdice del mensaje antes expuesto. La visión es doble y ambigua –lo cual, definitivamente, es ajeno a la coherencia que tiene que exhibir cualquier expresión ideológica–, introduciendo una curiosa relativización. Se invierten los sentidos de la lucha entre los caciques y el poder central y ambos polos revisten a la par valores positivos y negativos. Los caciques son de la piel del diablo pero, al mismo tiempo, representan la fuerza, el arrojo, el tesón; lograron dominar zonas inhóspitas sin más recursos que su propia voluntad y ambición,

repitiendo la gesta de los conquistadores del siglo XVI que se alzaron con un reino para su señor.

El protagonista del libro, el *Amarillo*, es todo un héroe, brillante, astuto, seductor, y aunque violento como sus congéneres, es capaz de sensibilidad; fuerza en bruto pero con potencialidades excepcionales, como la Costa, encierra gérmenes de futuro y encarna posibilidades para el Estado con tal que se le pule y eduque. *La tierra pródiga* eleva paradójicamente el cantar de la tierra cuyo mejor intérprete es el cacique despiadado a quien tal vez no habría que eliminar. A su vez, el incipiente mundo tecnocrático también ostenta una faz negativa: por cierto, las máquinas consumen una obra fecunda y el sistema racional de la ley y respeto a la vida ajena es gran oportunidad para el Estado pero no se sofoca la voz deplorante que el texto repite ante la destrucción de un maravilloso mundo natural y primigenio por causa de *buldóceres* emanados del infierno y los nuevos conceptos de desarrollo son sustentados e implantados por enviados tecnócratas del poder federal, muy exterior a las realidades de Jalisco.

No se libra de cierta ironía la propia figura del Ingeniero presentado como parangón de virtudes y conocimientos: la misma exageración²⁰ no deja lugar a dudas sobre la distancia que se toma la voz narrativa respecto al discurso oficial y pone de cierta forma en tela de juicio las teorías profusamente expuestas. El imperio de la moral y de la ciencia tal vez no sea la panacea para un universo nativo al que se está alborotando y descomponiendo. No existe en la novela mensaje unívoco sobre la planeación, la modernidad, los caciques, el enviado del gobierno, la colonización, lo que no deja de sorprender en un libro que iba a ser alegato político o novela programática. El texto se contradice a sí mismo y su orientación ideológica parece fluctuar, o por lo menos titubea, entre dos posturas contradictorias. Se pueden intentar explicaciones a esa paradoja pero el hecho es que la orientación parece fundamentalmente equívoca.

20. "brillantísimo estudiante, primero entre los de su generación, había obtenido sucesivas becas para especializarse en las mejores universidades del extranjero; distinciones a granel: premios, títulos, condecoraciones; precedido de la mayor fama regresó al país y por propio derecho escaló puestos de máxima responsabilidad como técnico en planeación; a su categoría profesional de ingeniero, añadía profundos conocimientos en economía y administración pública; el derecho no tenía secretos para él; manejaba dormido la estadística, lo mismo que componía un motor; era consejero de bancos e instituciones de crédito; autoridad en inversiones públicas". Agustín Yáñez. *La tierra pródiga*. México: FCE (Col. Popular), 1960, p. 134.

Ello evidencia la distancia que existe entre una novela –lograda– y un discurso político: el texto de ficción adquiere su propio dinamismo, más allá de los determinantes ideológicos, y alza su propio vuelo, al margen de la eficacia política. Así es como *La tierra pródiga*, inducida por la grandeza del tema y lo maravilloso del entorno, se hace poética: el lirismo –antitético, por definición, del discurso de ideas– cunde en muchas páginas: en la descripción de la naturaleza, la obra de las máquinas, las hazañas de los caciques, la labia del simpático *Amarillo*, la grandeza trágica de los enfrentamientos. Es la gran epopeya de la tierra, la epopeya de la conquista y colonización, igualados el pasado y el presente. Campean en el texto la imaginación y a veces el ensueño, contrarrestando el didactismo expositivo, transformando a la novela en obra de arte, más allá de sus contenidos políticos. Y en resumidas cuentas, no es oportuno medir la aportación de la literatura de Yáñez con respecto a cualquier “conocimiento de la vida nacional” o a un supuesto programa ideológico o político: la fantasía es el rasero único para valorar la obra de ficción como lo afirmó el propio Agustín Yáñez:

La literatura es una actividad de la vida humana en la que interviene la fantasía no como aniquiladora de los elementos reales, sino como seleccionadora de los más representativos con los cuales puede expresar honda y universalmente aquella realidad, reconstruida por la fantasía para darle una validez superior.²¹

La política de Agustín Yáñez

“Su candidatura, que rompió todos los moldes establecidos en el esquema de la política estatal –asegura su excolaborador en el gobierno de Jalisco, Alfonso de Alba Martín–, sentaba diferente camino”.²² Al aceptar su postulación como candidato, el autor de *Al filo del agua* y docente por vocación es consciente de no pertenecer al “terreno movedizo de transacciones y contemporizaciones a que algunos reducen la función

21. Citado por Alfonso Rangel Guerra, “La novela como visión de la vida nacional”. Olea Franco *op. cit.*, p. 57.

22. “Agustín Yáñez: el novelista y el gobernante”. Vaca, *op. cit.*, p. 39.

pública”²³ y de abrir a una forma nueva de gobernar. Decidido a “igualar la vida con el pensamiento”, se adhiere a “un programa de superación cívica”, y en su “salto” hacia la vida política no renuncia para nada a su sinceridad y autenticidad, asumiendo incluso el tono de sus discursos, “que a muchos pareció desusado e impolítico... El desbordamiento en que incurren, lejos de avergonzarme, satisface mi conciencia. El ministerio de la palabra es eficaz en medida de la unción comunicante de su impulso”.²⁴ ¿Vale decir que Yáñez fue un político a medias y un servidor público algo disparatado? Atípico por su cultura y antecedentes, no obstante mostró tal vez un “arte nuevo de hacer política, inimitable –y sin adeptos– por lo original y lo hondo de sus convicciones.

Podemos, a guisa de conclusión, esbozar algunos elementos de sus conceptos fundadores.

El gobernador-escritor no desiste de sus creencias y formación intelectual al subir al poder. Aunque no teoriza ni expone visiones de sistema para definir y enmarcar su propio quehacer, salvo excepciones se traslucen en filigrana, tras los lineamientos de una praxis política genuina, unos claros conceptos del hombre y de la convivencia social que permiten acercarse más a la figura del pensador y hombre de acción. Más que de teoría política, se trata de una filosofía del hombre que es preciso reconstituir a través de artículos, discursos, intervenciones públicas, y cuya formulación indirecta se puede rastrear en *La tierra pródiga* y demás textos de ficción.

Más de una vez Agustín Yáñez se ha situado bajo la advocación del filósofo alemán Max Scheler, ya desde la primera página de *Noticia de Jalisco*, citada más arriba. En los 40, como signo del influjo que ejercía éste sobre buena parte de la intelectualidad mexicana, Yáñez publicó una serie de artículos sobre el pelado mexicano inspirándose en los conceptos schelerianos del resentimiento.²⁵ Es más: la fenomenología y la filosofía de los valores del pensador alemán marcan la visión del mundo de su admirador mexicano. Fundador de una antropología filosófica, se sitúa en la confluencia

23. *Idem.*

24. *Ibid.*, p. 40.

25. Siguiendo la distinción entre “pelados” y “léperos” de Joaquín Fernández de Lizardi y a Samuel Ramos, Yáñez analiza al “pelado” como imagen y síntoma de los males que aquejan al país en dos extensos artículos de *El Nacional*: “Panorama de México. Pelados y gente de orden”, 24 de diciembre de 1939, y “Panorama de México. Pelados, pícaros y léperos”, 31 de diciembre de 1939. En una forma condensada y remodelada en *Letras de México*, 15 de abril de 1940, bajo el título “El pelado mexicano”. Para todo lo que se refiere al concepto de ontología mexicana, véase el capítulo cuarto de mi libro, *Lectura sociocrítica...*, *op. cit.*, pp. 201-274.

26. No es ninguna casualidad que el joven Karol Wojtila dedicara su tesis de teología a los conceptos de Scheler.

entre las ciencias humanas y la fenomenología, y crea una sociología del conocimiento innovadora en que, más que el objeto, cuenta la conciencia y su subjetividad.

Lo que más atrae, probablemente, a Yáñez y deja huellas innegables en su visión del hombre es el espiritualismo religioso que significa una renovación de la tradición católica.²⁶ Ese verdadero espiritualismo, en contraposición con otras corrientes más conservadoras del catolicismo, es el que campea como horizonte del texto en *Al filo del agua*, por ejemplo, la postura del padre Dionisio Martínez, o en *La creación*. También corresponde a ese esquema la nueva comunidad campesina a la que se aspira en *La tierra pródiga*. En sus escritos, Yáñez recalca su concepto de la política como actividad fundada en la moral, la palabra empeñada, la sinceridad; la afectividad y la trascendencia de los sentimientos, de herencia scheleriana, garantizan la legitimidad y justicia de las acciones que se emprenden. Así se explican las constantes ocurrencias de la emoción de parte del gobernador que constituye “con sus gentes de Jalisco” una comunidad ideal unida por vínculos afectivos: una actitud muy desusada en el terreno político, por cierto, que significa la proyección de un acendrado amor cristiano

En este contexto, estamos muy lejos de una reflexión sobre la estratificación social y los intereses de clase. Los conflictos no son más que la expresión de apetitos personales o de instintos de dominación; la estructura social injusta queda muy atrás, así como la organización deficiente. Esta visión social espiritualista niega cualquier lucha de clases: erradicar al caciquismo significa eliminar a seres depravados o violentos, muy alejados de la verdadera espiritualidad cristiana. Y queda ésta en primer plano como norma de organización.

A esa primacía de la afectividad en las relaciones sociales conviene añadir tal vez otra línea señalada por Guido Rings en su interesante artículo dedicado al análisis comparado de Martín Luis Guzmán y Agustín

Yáñez.²⁷ Se trata de un nuevo deo en la visión del hombre y de la sociedad a partir de los conceptos filosóficos de Juan Bautista Vico.²⁸ Resueltamente anticartesiano, piensa éste que el hombre en el mundo es una figura análoga a la de Dios y crea las verdades, tanto las religiosas como las jurídicas, unas verdades ideales dentro de un proyecto providencialista. Tres épocas caracterizarían a la humanidad: la Divina, con sus dioses y mitos, en que el lenguaje es sagrado y jeroglífico; la Heroica, con sus héroes y sus bárbaros, con su lenguaje metafórico o poético; y por fin la Humana, era de la civilización con una lengua literaria y clásica. La organización del mundo es cíclica y la humanidad se rige por esos ciclos.

Pues bien: esta teoría subyace en la visión del mundo según Yáñez, en especial en *La tierra pródiga*. Los caciques están viviendo en la época heroica marcada por la preeminencia del “hombre fuerte”, con sus abusos y su mundo metafórico. Implantar el nuevo régimen social con el imperio de la ley y de la moral significa el paso a la tercera era, la de lo humano, con una igualdad civil como principio organizador: el Ingeniero es el que agencia esa nueva armonía.

Afectividad y providencialismo: las dos percepciones dejan de lado toda lectura materialista del mundo y de sus conflictos. Se postula una concordia colectiva en camino y la acción política sólo tiende a restaurar un equilibrio amenazado. Por eso, el concepto de la sociedad como colectividad unida representa el ideal alcanzable por la política y se borran todos los elementos potencialmente centrífugos. Llama la atención la gran recurrencia de la noción de “pueblo”, una especie de entelequia, de proyección idealista exenta de conflictos y problemas. Un pueblo que no se define sociológica sino de manera mítica y parece corresponder exclusivamente a zonas campesinas. Un pueblo a quien se le otorga la felicidad gracias a leyes justas, con ecuanimidad y buen tino, en la más perfecta armonía arcádica. Tales son las líneas conceptuales que rigen la acción política del espiritualismo cristiano.

27. Guido Rings, “Imágenes de la Revolución. Perspectivas ateneístas en *El águila y la serpiente* y *Al filo del agua*”. Olea Franco, *op. cit.*, pp. 197-226.

28. Nótese de paso que Vico fue lectura predilecta y tema de su tesis en los años de formación del futuro gobernador.

29. Véase el capítulo “*La tierra pródiga* y los intereses de la burguesía mexicana”, *Lectura sociocrítica...*, *op. cit.*, pp. 119-123.

Dicho marco filosófico no deja resquicio para la interpretación económica. Sin embargo, el periodo ruizcortinista se prestaría a un análisis de la situación de clases y del estado de la producción con el concepto de “desarrollismo” o de “desarrollo estabilizador”. Esbozamos en otra parte el conflicto que dividía a la burguesía mexicana de los 50, entre la corriente “modernizadora” deseosa de acoger todas las novedades para favorecer un crecimiento sin control, aun abriendo de par en par las puertas a los capitales extranjeros, y los partidarios de un nacionalismo económico que trata de respaldarse en una pequeña capa rural más conservadora.²⁹ En *La tierra pródiga*, y en *Noticia de Jalisco* también, existen huellas de ese conflicto, transcrito subliminalmente por la paradójica lamentación ante la desaparición programada de los caciques, esos conquistadores a la antigua cuya fuerza y valentía resulta imprescindible para el futuro del país. Así se puede reinterpretar la lucha a muerte entre el Ingeniero y los “señores de la costa”, es decir, entre el poder central o federal y el poder regional. La dicotomía centro-periferia asoma en los escritos de Yáñez pero no pasa de simple reivindicación localista, sin análisis más profundo ni debate.

Entre las escasas ideas verdaderamente “políticas” de Yáñez, cabe recordar el papel decisivo concedido a la planeación, verdadera “piedra angular” del desarrollo. La idea es coordinar las agencias oficiales de la Federación y del estado “en base a programas parciales concretos”, con vistas a atraer inversiones y a multiplicar “automáticamente” los recursos financieros. Además, se solicita la aportación de capitales privados incitando a que participen los futuros beneficiados, por ejemplo, la Compañía Minera de Autlán y la Compañía Autotransportes del Pacífico, en el caso de la carretera a Barra de Navidad, pero ¿cómo se les obliga?, y además se solicita la colaboración fiscal de la población. Un plan algo teórico que corresponde a la ideología de los 50 y a creencias de la nueva burguesía partidaria de un modelo planificado como manera de enmendar un

capitalismo liberal que ostenta sus límites después de la Segunda Guerra Mundial. Esa fe ciega en la planeación arranca de un fuerte deseo de centralización, cuya caricatura se va a dar en los países del Este, y es más actitud política que solución económica. Las ilusiones de la planeación se esfumaron en México debido a algunos caracteres estructurales: peso del federalismo, paternalismo y verticalidad, financiaciones dedicadas a las zonas ya desarrolladas por causa de la desconfianza del capitalismo nacional.

La educación es otra mística del periodo, apta no sólo para elevar el nivel del pueblo sino también para mejorar la economía; Yáñez repite sin cesar que “gobernar es educar”, que “el ejemplo es la mejor enseñanza” y es preciso concebir los cargos públicos como un “verdadero magisterio”. Nunca se analiza realmente la vinculación entre progresos de la economía y adelantos en la educación general; la relación puede parecer dudosa, y suena como una evidencia que no se discute. En una mesa redonda organizada por la CPCJ en 1955 dedicada a “Educación y desarrollo económico”, José Rogelio Álvarez expresaba este acto de fe:

Si la educación ha de corresponder a las necesidades del país en todos sus órdenes, y si en lo espiritual la escuela forma a los mexicanos en el ejemplo de la Historia, y así los aproxima a la nacionalidad; y si en el respeto a la ley y a las instituciones, a la sociedad y a la familia, templea sus enlaces y así les comunica la solidaridad; y si en la órbita de una vida civil, ordenada por aquellos supuestos, afirma su moralidad, sólo resta acentuar el extremo más perentorio de las actuales exigencias: la prosperidad. Esto es: la mayor necesidad, enunciada de modo reiterado por las autoridades federales, y que da tono y ennoblece los esfuerzos públicos más vigorosos, es la de elevar el nivel de vida de la mayoría de los mexicanos... La educación debe orientarse en el sentido del desarrollo económico, siendo su finalidad, aparte la de fortalecer la nacionalidad, la solidaridad y la moralidad civil, la de hacer posible el incremento del nivel de vida.³⁰

Algunas pistas indica el Director, poco precisas sin embargo: crear instituciones técnicas, adaptar las

30. *Educación y desarrollo económico*. Cuadernos de la Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco, Guadalajara, 1956, pp. 14-15.

31. *Ibid.*, p. 17.

32. *Discursos al servicio de la educación pública*. México: SEP, 1966, p. 39.

33. *Discursos por Jalisco*, *op. cit.*

34. *Quinto Informe*, 1 de febrero de 1958, p. 79.

escuelas a las necesidades de las empresas, volver a equilibrar las áreas del Estado desplazando a las poblaciones y dar acceso a la educación a los mexicanos sin recursos en escuelas “sin a priori académicos, sin cartabones pedagógicos, sin procedimientos preestablecidos y cuyos programas, en consecuencia, no saliesen de una oficina burocrática”.³¹ Valiosas intenciones, en efecto, pero que no alcanzaron a realizarse.

Más que de ideas políticas, se trata de ideas morales, en realidad. El “estilo de gobernar” de Agustín Yáñez corresponde a una filosofía política de cuño espiritualista y el vocabulario ético lo invade todo, lo económico y lo social: una campaña de alfabetización en Nayarit se transforma en “cruzada de redención nacional”,³² se aduce que “gobernar es cuidar y acrecentar los bienes del alma colectiva”,³³ y se aspira a “una obra de construcción moral”,³⁴ etc. Una visión cristiana de trazos inciertos, aunque generosos. El *homo politicus* estilo Yáñez vive en un universo espiritual relativamente desconectado del mundo de las realidades.

Finalmente, la postura singular de Agustín Yáñez no tiene muchos equivalentes. Un escritor reconocido que se lanza al campo de la política sale perdiendo en ambos casos: la familia política no lo acepta como uno de los suyos y la esfera intelectual lo considera como un traidor a las letras. Eso le ocurrió en Francia a André Malraux: a muchos no les cabía en la cabeza que el inmortal autor de *La esperanza* y *La condición humana*, y arrojado voluntario en España durante la guerra civil, se hubiera convertido en Secretario de Cultura del General de Gaulle en los 60. El escritor aparece nimbado de un prestigio con el cual a duras penas pueden soñar algunos políticos, y muy escasos. Agustín Yáñez creyó sinceramente igualar las dos actividades pero si intentó abrir un nuevo camino político, fue tan original que no tuvo seguidores, fue quizás a expensas de su creación literaria, estancada

después de su incursión en la vida pública. Incluso hoy no se pueden entremezclar los dos planos, ideología e ficción, que pertenecen a dos medios distintos y prácticamente incompatibles.

José Revueltas: individuo, política y escritura

Agustín Vaca
El Colegio de Jalisco-INAH

1. En algunos escritos sobre José Revueltas se asienta que nació en Santiago Papasquiaro y aun en otros se asegura que fue en Canatlán, próximo a esta localidad, ambos lugares en el estado de Durango.

Dentro de dos años, el 20 de noviembre de 2014, se ajustará el primer centenario del nacimiento de José Revueltas, el cual ocurrió en la ciudad de Durango.¹ Hasta ahora no se ha tenido noticia de la preparación de algún acto, ni oficial ni particular, para celebrar ese aniversario. Tampoco sería sorprendente que, una vez llegada esa fecha, sucediera lo mismo que ocurrió para conmemorar el xxv aniversario de su muerte en 2001: nada, salvo la publicación de algunos artículos y la organización de unas cuantas reuniones, ambas relacionadas con ese hecho.

Lo que sí causó cierto revuelo fue que el año anterior a este, en su discurso de arribo a la Presidencia de la República, Vicente Fox mencionara el nombre de José Revueltas como merecedor de que el gobierno que estrenaba lo reivindicara por su entrega desinteresada a la lucha social. Esta declaración fue por lo menos inapropiada, si se toma en cuenta que la actividad política que Revueltas desarrolló a lo largo de su vida, estuvo encaminada a combatir instituciones y normas sociales que se tenían por indispensables para la edificación de una sociedad progresista, de acuerdo con los cánones cristianos y el liberalismo económico de la “posmodernidad”, sobre los que con toda evidencia descansaba el pensamiento y la acción del expresidente de México. Es por esto que los textos de Revueltas, los literarios al igual que los teóricos y los políticos,

resultan poco susceptibles de encontrar acomodo sin que perturben la tersura de la “cultura nacional”.

De hecho, todo lleva a concluir que el hombre, el político, el luchador y crítico social, el pensador y el escritor en el sentido más amplio que era José Revueltas, son facetas difíciles de acomodar en cualquier categoría, pues en todas ellas no hacía sino causar desasosiego cuando no verdadero antagonismo.

No pretendo discutir aquí la vida personal de este polifacético escritor mexicano, sus conflictos interiores, amores malogrados, su alcoholismo ni las posibles relaciones que pueda haber entre tales asuntos. Creo que él mismo era poco afecto a ventilar en público estos aspectos de su vida, a despecho de las cartas íntimas y memorias que escribió durante su existencia y que se publicaron de manera póstuma.² Pero también es justo decir que no obstante el carácter personal de tales textos, en ellos los aspectos privados e íntimos se entremezclan constantemente y casi en igual proporción con revelaciones que muestran sus preocupaciones políticas en general, como militante comunista en particular y las de índole teórica, asuntos que caben sin discusión en su vida pública, la cual puede decirse que empezó de manera precoz, tan pronto como abandonó la escuela secundaria en 1925, es decir, a los 11 años de edad, y empezó a estudiar por su cuenta en la Biblioteca Nacional. Nada, pues, impide considerar que la mayor parte de su vida fue pública, no sólo en lo que se refiere a los años que vivió sino también en el sentido de que su pensamiento y emotividad se volcaron al exterior, hacia la sociedad.

Evidentemente, Revueltas no es el único caso que se conoce de prominentes personajes en los que vida intelectual y vida práctica, es decir, intervención participativa en los problemas a los que dedican sus reflexiones, se encuentran en relación indisoluble, a veces de manera armónica, pero también a menudo en conflicto. Es bien conocida la participación de Isaiah Berlin en el servicio de inteligencia británico durante la Segunda Guerra Mundial; la de Hanna Arendt que llegó a ser directora de investigaciones en la Comisión Europea

2. *Cartas a María Teresa*. México: Premiá (La nave de los locos, 77), 1979, y *Las evocaciones requeridas*. 2 vols. Pról. José Emilio Pacheco. Recopilación y notas Andrea Revueltas y Philippe Cheron. México: Era (Obras completas, 25 y 26), 1987.

3. Gustavo Sáinz, "La última entrevista con Revueltas." *Conversaciones con Revueltas*. Int. Jorge Ruffinelli. Bibliografía de y sobre José Revueltas Marilyn R. Frankenthaler. México: Universidad Veracruzana, 1977, p. 10.
4. Véase Georg Lukács. "Los problemas del reflejo en la vida cotidiana". *Estética*. I La peculiaridad de lo estético. 1. Cuestiones preliminares y de principio. Trad. Manuel Sacristán. 3ª. Ed. Barcelona: Ediciones Grijalbo, 1974.
5. "Problemas del conocimiento estético". *Cuestionamientos e intenciones*. Ensayos. Pres., rec. y notas de Andrea Revueltas y Philippe Cheron. México: Era (Obras completas, 18), 1978, pp. 157-158. Cursivas en el original.

para la Reconstrucción Cultural Judía; la marginación del Partido Comunista que sufrió Adam Schaff en Polonia por su participación en la política antiestalinista, pero no anticomunista, circunstancia parecida que afectó profundamente a Georg Lukács en Hungría.

De manera similar a lo que pensaba este último, Revueltas consideraba que "la cotidianidad es el elemento virgen del cual uno debe partir para alcanzar el concepto. Sin cotidianidad, sin el análisis de lo cotidiano, es imposible arribar a una concepción general de una problemática dada".³ Pero mientras el filósofo húngaro reflexionaba acerca de los problemas de la teoría marxista del conocimiento como reflejo de la realidad en la vida cotidiana, el arte y la ciencia, y las relaciones entre estas tres esferas,⁴ el novelista mexicano introducía la libertad individual "como categoría del conocimiento, de una parte, y como valor ético, de la otra", asunto que lo llevó a abordar al hombre, primero, "en su *inmediatez existencial*, y luego, mucho menos que como objeto gnoseológico, en sus relaciones axiológicas, esto es, en las condiciones de su *praxis enajenada*".⁵

Desde *Los muros de agua*, 1941, hasta *Los errores*, 1967, los personajes ficticios que pueblan las novelas de Revueltas actúan con toda la libertad que les es posible en medio de las circunstancias sociales, políticas, económicas y culturales que los rodean, y ya desde la primera novela se puede advertir la preocupación del escritor por penetrar a fondo en el problema que el sentido de la vida representa para el hombre, problema al que busca dar expresión mediante la creación de personajes que son considerados, ante todo, como seres humanos con una serie de cuestionamientos individuales que los impele a actuar de una manera bien definida ante los riesgos del vivir. En la novelística de Revueltas encontramos, pues, acercamientos literarios, desde el interior de los personajes, a los efectos morales y políticos que les causan las circunstancias materiales que los circundan.

Este es el vehículo que sirve a Revueltas para poner de manifiesto la *praxis enajenada* que puede manifestarse tanto en la acción que provoca la inmediatez de la vida

cotidiana como la visión que de ésta se adquiere con la aplicación de un análisis teórico acríptico de ella.

Uno de los puntos centrales que revela la praxis enajenada y que con mayor frecuencia asoma en los textos de Revueltas es la religión. No son pocos los interesados en su obra los que han encontrado similitudes entre el lenguaje bíblico y el que el escritor ha utilizado en sus textos literarios, por lo que se han resaltado las “resonancias bíblicas” en los textos de ficción, característica que se advierte con toda claridad en uno de sus mejores cuentos, el cual también se ha considerado como uno de los más logrados en español: “Dios en la tierra”, que publicó en 1944.

Esta peculiaridad de la obra de Revueltas dio pie a que un comentarista anónimo, casi en vísperas de la publicación de su novela *Los días terrenales*, asegurara que era muy posible que, debido a que el autor “tiende al misticismo”, esa obra fuera “el anuncio de un lejano, pero no imposible, retiro monacal del inquieto y talentoso agitador”.⁶

Si algún tipo de misticismo se encuentra en la obra revueltiana, este no es religioso; es decir, no se trata de que los textos revelen su adhesión a algún credo religioso, sino que demuestran el profundo conocimiento que Revueltas tenía del papel que estas creencias cumplen en la sociedad:

Dios es una entidad social e histórica, y como tal entidad social e histórica, y además ideológica, expresada en la religión, no puede prescindirse de ella. Rige social e históricamente las relaciones entre los hombres y, por lo tanto, no puede prescindirse de esta entidad se crea en ella o no se crea.⁷

Más bien el misticismo de Revueltas envolvía su solidaridad racional, teórica, con el sufrimiento moral humano en general, en particular con el de la clase obrera, asunto que desarrolló no sólo en sus novelas sino también en los textos políticos, teóricos y de otra índole que publicó a lo largo de su vida, en los que su principal preocupación era el hombre, el sufrimiento moral del individuo ante las resoluciones que debía

6. “De comunista”. *Hoy*. México, núm. 571, 31 de enero de 1948, p. 8.

7. Gustavo Sáinz, “La última entrevista con Revueltas.” *Conversaciones con Revueltas*. Int. Jorge Ruffinelli. Bibliografía de y sobre José Revueltas Marilyn R. Frankenthaler. México: Universidad Veracruzana, 1977, p. 11

8. Eugenia Meyer. “Entrevista con José Revueltas, entrevista realizada por...” *Cuadernos de la Cineteca Nacional. Testimonios para la Historia del Cine Mexicano*. México: Secretaría de Gobernación, 1976.

9. Ignacio Solares. “La verdad es siempre revolucionaria”. *Conversaciones con Revueltas*, op. cit., p. 57.

10. Alí Chumacero. “Los días terrenales de José Revueltas”. *México en la Cultura*, supl. de *Novedades*. México, 18 de dic. de 1949, p. 3. Cit. en Agustín Vaca. *La disidencia intolerada: José Revueltas*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2001, p. 49.

11. María Josefina Tejera. “Literatura y dialéctica”. *Conversaciones con Revueltas*, op. cit., p. 80.

tomar en la vida cotidiana, posición que asumió desde muy joven.⁸

Por eso, Revueltas aseguraba que “los problemas centrales son siempre individuales por más repercusión que tengan después. Y por supuesto que hay una interacción de una respuesta a la otra, pero tarde o temprano terminan en lo individual, en ¿quién va a tomar tal o cual decisión?”⁹

Esta interacción, de la que habló Revueltas en términos más bien teóricos en el curso de una entrevista durante la cual también se declaró a sí mismo ideólogo antes que político, es la que permanece de manera casi inalterable en la mayoría de sus trabajos, sobre todo en los textos narrativos. En 1949 salió al público *Los días terrenales*, novela que se distinguió por plantear, con una hondura nunca antes alcanzada, “el problema entre la acción y el individuo, entre el partido que patrocina el acto y la persona que lo ejecuta, entre la razón social y la iniciativa privada”.¹⁰ Es decir, los conflictos internos y el sufrimiento moral a que condujo el desapego al régimen estalinista que manifestó un considerable número de militantes del Partido Comunista Mexicano (PCM).

La polémica que se levantó en torno de *Los días terrenales*, texto que según los estalinistas mostraba la renuncia definitiva de Revueltas a las ideas comunistas, subió de tono muy poco después con el estreno de *El cuadrante de la soledad*. Con esta obra de teatro y con la novela mencionada, el autor esperaba poner en claro los malentendidos que había suscitado *El luto humano*, en 1943, respecto de su posición como escritor y como marxista.

El éxito que tuvo esta obra que acabo de mencionar, a pesar de que “sí estaba muy cargada de contenido ideológico, o político”,¹¹ llevó a los miembros del PCM a perdonarlo. Pero no estuvieron dispuestos a hacer lo mismo cuando, unos meses más tarde, en noviembre de 1943, aseguró en público que tanto el Partido Comunista como la revolución atravesaban por una grave crisis, debido a que aún no se lograba consolidar una vanguardia política marxista capaz de conducir

al pueblo mexicano a la concreción de sus ideales,¹² aseveraciones que le valieron la expulsión del PCM.

Si en 1943 se unieron *El luto humano* y las declaraciones sobre la crisis conjunta de la revolución y el PCM para determinar su expulsión de este partido político; es decir, un éxito literario seguido de la condena y repulsa de sus supuestos compañeros de lucha, estas mismas circunstancias se conjuntarán incesantemente en los años venideros, con los mismos contrastantes resultados.

En esta nueva ocasión, coincidieron la gran aceptación que mereció *Los días terrenales* por parte de los críticos independientes y el rechazo unánime con que recibieron a esa novela los militantes socialistas y comunistas. Tal vez una de las críticas que más pesó en el ánimo del escritor, fue la de Enrique Ramírez y Ramírez, a quien también expulsaron del PCM en 1943 junto con Revueltas. Haciéndose eco de quienes vieron en *Los días...* una obra pesimista, que negaba la posibilidad de redención para la humanidad de las condiciones de miseria moral y física que le imponían ciertas circunstancias históricas, Ramírez y Ramírez conminó a José a volver sobre sus pasos y retomar “sus orígenes ideológicos y comprender su obligación de hacer arte no para alejarse de la causa por la que ha luchado... sino para unirse más a ella y servirla con los medios superiores del arte... Reconocer los yerros, reconocerlos sin subterfugios, sin mezquindad farisaica”. Para lograr esto, continuaba el crítico, “debe examinar su trabajo sin soberbia, sin vanidad, sin superficialidad. Debe saber ser su propio crítico... Debe acercarse a la realidad mundial con los ojos bien abiertos y aceptar en toda su trascendencia el gran cambio histórico, progresivo, que los pueblos en lucha están realizando”.¹³

Lo que Ramírez y Ramírez pedía a Revueltas, en realidad, era que renunciara a la libertad absoluta que este último pretendía ejercer, y que aceptara las imposiciones del realismo socialista con que el régimen estalinista había aherrojado a los artistas militantes en

12 .Véase Andrea Revueltas Rodrigo Martínez y Phillippe Cheron. “Prólogo”. José Revueltas. *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*. México: Era (Obras Completas, 17), 1980, p. 19.

13 “Sobre una literatura de extravío”. *Revista Mexicana de Cultura de El Nacional*. México, 25 de julio de 1950, p. 12. Cit. en Vaca, *La disidencia...*, p. 52.

14. Véase Georg Lukács. *Significación actual del realismo crítico*. 2ª. ed. Trad. María Teresa Toral. México: Era, 1967.

los distintos partidos comunistas afiliados a la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.¹⁴

La dureza y el encono de las críticas que provinieron de los militantes de partidos de izquierda pesaron tanto en el ánimo de Revueltas, que decidió suspender las representaciones de *El cuadrante de la soledad* y retirar de las librerías *Los días terrenales*, al mismo tiempo que emprendió un proceso de autocrítica y de reflexión, cuyo resultado lo llevó a hacer algunas concesiones al PCM, que se vieron reflejadas en la publicación de dos novelas cortas, *En algún valle de lágrimas*, 1955, y *Los motivos de Caín*, 1957.

Ninguna de estas novelas provocó nuevas discusiones en el PCM acerca de la pureza ideológica de Revueltas; de igual manera, tampoco atrajeron la atención de críticos y público lector, para los que pasaron más bien desapercibidas.

Lo que sucedía era que la actividad política era parte esencial en la vida de José Revueltas; por eso, en 1948, como consecuencia de su expulsión del PCM en 1943, se unió a Vicente Lombardo Toledano y otros connotados militantes de izquierda para fundar el Partido Popular (PP), al que en 1960 se le añadió el apellido de Socialista. Esta adhesión al PP tuvo origen en la confianza que Revueltas había puesto en que esta organización sería menos rígida y prescriptiva que el PCM, pero el derrotero que Vicente Lombardo Toledano marcó al PP, le pareció a Revueltas cargado de concesiones a la política oficial y que había dejado de corresponder con el partido político que él había contribuido a fundar y dado todo su apoyo.

Tal mudanza lo llevó a separarse de los lombardistas a principios de 1955, y a solicitar su reingreso al PCM, readmisión que se efectuó en 1956, ya a la que no es posible dejar de relacionar con las dos novelas que he mencionado más arriba, mismas que contaron con la anuencia del PCM antes de su publicación.¹⁵

Sin embargo, esta renovada membresía duró tan solo cuatro años. Prácticamente desde su readmisión al PCM, ya bajo la influencia del XX Congreso del Partido

15. Véase José Revueltas. *Cartas a María Teresa*. México: Premiá Editora, 1970, p. 98.

Comunista de la URSS y la crítica inusitada de Nikita Krushev a la dictadura estalinista, Revueltas volvió a la carga en la promoción de un proceso interno de autocrítica que permitiera al PCM superar su dogmatismo y sectarismo, al mismo tiempo que redobló las críticas al PP, sobre todo a Vicente Lombardo Toledano al que no vacilaba en acusar de oportunista de izquierda.¹⁶

Fue esta irrevocable decisión de mantener a toda costa la libertad de pensamiento, de acción y de expresión que hasta entonces había enarbolado, la que condujo a Revueltas a una nueva expulsión del PCM en 1960, la cual coincidió con la exitosa publicación de un volumen de cuentos que tiene por título *Dormir en tierra*, colección que le valió la atención y el aplauso de la crítica independiente y del público en general, al mismo tiempo que lo reafirmó como uno de los más destacados cuentistas en lengua española, lugar que nadie se atrevía a cuestionar desde 1944.

El mismo año de su segunda expulsión del PCM, y tras una breve militancia en el Partido Obrero-Campesino Mexicano, José Revueltas promovió, entre los que como a él y por motivos similares expulsó el PCM, la fundación de la Liga Leninista Espartaco (LLE). En esta organización sucedió lo mismo que en el PCM y en el PP. Apenas transcurridos tres años de la fundación de la LLE, Revueltas se enfrascó en una discusión sin posibilidades de llegar a un entendimiento. En tanto que la mayoría de los miembros de la LLE se empeñó en respaldar el derecho supremo del partido de dirigir y hasta de mantener en secreto el desarrollo de la ciencia, Revueltas se opuso tenazmente a esta posición con el argumento de que “la ciencia, el arte y el pensamiento en general... tenían que gozar de una libertad absoluta”.¹⁷ Como puede preverse, el resultado fue la expulsión del fundador de la Liga, la cual sucedió el 17 de junio de 1963.

Pese a todo, Revueltas ya no dudó más de su decisión de ejercer sin cortapisas ni vacilaciones el derecho que reconocía inalienable en todo individuo a expresarse, dentro o fuera de un partido político, con

16. Véase Vaca, *La disidencia...*, p. 66.

17. Véase, Revueltas y Cheron, “Prólogo”. José Revueltas. *Ensayo...*, p. 28.

18. Véase Vaca, *op. cit.*, p. 70.

19. *Ibid.*, pp. 70-74.

20. Tejera. *Conversaciones con...*, *op. cit.*, pp. 77-85.

21. José Revueltas. *Obra literaria*. 2 t. Pról. del autor. Epílogo José Agustín. México: Empresas Editoriales, 1967.

22. *Conversaciones con...*, *op. cit.*, p. 77.

absoluta libertad. Esto lo demostró con la publicación, en 1964, de *Los errores*, novela que si bien ya no provocó reacciones tan violentas en el PCM, sí levantó el acostumbrado oleaje de opiniones encontradas “que fueron desde el vituperio delirante hasta la aclamación total”.¹⁸ Como es lógico, hubo quienes aseguraron que la novela era eso: un monumental error, hasta los que afirmaron que esa era la obra literaria más importante de los últimos años.¹⁹ Ni siquiera es necesario decir que en la mayoría de los juicios condenatorios era evidente el interés partidista y el punto de vista ideológico desde los cuales fueron emitidos, y en algunos casos se repetían los argumentos que se dieron a conocer al publicarse *Los días terrenales*: la defeción vergonzosa de Revueltas respecto de sus ideales comunistas.

La explicación de todo esto la dio el mismo Revueltas en una entrevista que concedió a María Josefina Tejera en 1968.²⁰ Cabe mencionar que en diciembre del año anterior se otorgó al autor el Premio Xavier Villaurrutia y un mes antes apareció la publicación su obra literaria,²¹ acontecimientos que, de acuerdo con Tejera, le dieron una cierta popularidad de la que no gozaba antes. Pero también resaltó que su tarea como “ideólogo del materialismo dialéctico” lo había guiado a realizar una obra literaria y filosófica que se orientaba a “alcanzar la dignidad ética e inducir a la superación individual y, por ende, a una mejor convivencia social”,²² posición a la que se aferró en contra de los intentos por coartar su derecho la expresión de sus ideas, cosa que se concretó en críticas y ataques que redundaron en perjuicios personales.

Al respecto, el mismo entrevistado asegura que “siempre fui antiestalinista”, debido a la similitud que encontró entre los lineamientos de ese régimen y la religión. Para él, “la religiosidad es lo que ha perjudicado más al marxismo. Esa actitud fideísta y de que no se discutan las cosas... explican perfectamente las luchas entre los partidos comunistas actuales [que] no han podido superar su dogmatismo”, no obstante

los análisis y discusiones teóricas e ideológicas entre “todos los comunistas del mundo y los nuevos marxistas, quienes comprenden el marxismo con mayor amplitud, sin dogma”. Y llega a la conclusión de que “la alienación también existe en el mundo socialista”.²³

En esta posición de combate al dogmatismo en todas sus manifestaciones, se puede encontrar uno de los hilos conductores de las preocupaciones intelectuales de Revueltas, razón por la que había escrito más de mil quinientas cuartillas sobre ese tema y que, hasta 1968, permanecían inéditas, con la sola excepción de las que se publicaron en 1962 bajo el título de *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*.²⁴

Creo que este breve recorrido por la vida pública de José Revueltas muestra, por una parte, la firmeza de sus convicciones, y por la otra la marginación que le acarreó esta defensa de la libertad de pensamiento y de acción individual. Como resultado de ella, el pensador mexicano se vio constantemente privado de formar parte del mundo que él deseaba, en el que había elegido habitar: la práctica política institucional, de manera total, y la expresión literaria de la que, a pesar de los premios que recibió, siempre se le regateó el reconocimiento que merecía.

Esto pone a Revueltas en una posición semejante a la que enfrentó, por diferentes motivos, Hanna Arendt quien, de acuerdo con Pierre Bouretz, muy pronto se dio cuenta de que “la pertenencia al judaísmo se había convertido en mi propio problema y mi propio problema era político”,²⁵ problema cuya concreción última era la imposibilidad de ser reconocida como parte de la humanidad por el solo hecho de ser judía.

Si bien la naturaleza no colocó a Revueltas en una posición marginal que se fundamentara en sus orígenes raciales y religiosos, las decisiones que tomó a lo largo de su vida²⁶ lo expulsaron de manera casi continua de la sociedad y hasta de organizaciones que él mismo había contribuido a fundar. De aquí es posible concluir que el interés de Revueltas se encontraba puesto en la política, pero no en la consecución del poder político.

23. *Ibid.*, p. 81.

24. Véase Revueltas. *Ensayo sobre...*, *op. cit.* La edición original de 1962 corrió por cuenta de la Liga Leninista Espartaco. Sus textos políticos y teóricos pueden leerse gracias al esfuerzo que llevaron a cabo Andrea Revueltas y Philippe Cheron, dedicado a la edición de los veintiséis volúmenes de sus *Obras Completas* que, bajo el sello de Era, salieron a la luz pública entre los finales de los setenta y el decenio posterior.

25. “Hanna Arendt entre passions et raison”. Hanna Arendt. *Les origines du totalitarisme. Eichmann à Jérusalem*. Éd. Dir. Pierre Bouretz. Trad. AA. VV. 2ª ed. París: Quarto Gallimard, 2006, p. 19.

26. Véase Álvaro Ruiz Abreu. *José Revueltas: Los muros de la utopía*. México: Cal y Arena, 1992.

27. Bouretz, "Hanna Arendt...", *op. cit.*, p. 26.

De tal suerte, aunque por diferentes vías y con posiciones teóricas distintas, Arendt y Revueltas coincidieron en poner por encima de todo la libertad individual, pero también en considerar que la reflexión filosófica es el "vínculo secreto" entre la acción y el pensamiento y que lleva "a poner en un primer plano de la investigación filosófica lo que es el lugar por excelencia del actuar en el mundo: la política".²⁷

En esta actuación política debe encontrarse la respuesta a la pregunta de hasta qué punto el individuo tiene obligación hacia el mundo que lo ha rechazado. En este sentido, la responsabilidad del individuo hacia el mundo encuentra expresión en la obra de José Revueltas. A pesar de haber sido constantemente excluido social e individualmente, su lucha por mejorar las condiciones de vida humana, así como su libertad de pensamiento permanecieron inalterables.

Sin embargo, es necesario enfatizar que su libertad de pensamiento no significó pensar en soledad, para sí mismo, sino que su pensamiento estuvo afincado en el mundo, en la vida misma, pues el pensamiento en solitario ignora o se resiste a ver las necesidades sociales y a remediarlas.

De ahí que afirmar que "los problemas centrales son siempre individuales", no se dirige sino a enfatizar las condiciones concretas en que se desarrolla la vida humana, individual y socialmente. Por eso tenía como principio que "la verdad es siempre revolucionaria, no importa de dónde ni cómo surja... una verdad siempre vale por sí misma. La obligación primera del escritor es decir esa verdad".²⁸

La verdad que Revueltas tenía que decir se despliega a lo largo de su obra literaria, en perfecta consonancia con sus textos teóricos y de análisis político. Le sobra razón a José Emilio Pacheco al decir que "omnividente, proliferante, omnicupante, la prosa de Revueltas es un medio de descender a nuestro interior y llegar al otro lado de la realidad".²⁹

28. Solares, *Conversaciones con...*, *op. cit.*, p. 55.

29. José Emilio Pacheco. "Prólogo. Revueltas y el árbol". José Revueltas. *Las evocaciones...*, vol., 1, *op. cit.*, p. 12.

Un escritor políticamente incorrecto: José Agustín

Alba Lara-Alengrin
Universidad de Montpellier III

Una de las características distintivas del estado mexicano posrevolucionario ha sido la incorporación de los intelectuales en su seno.¹ El coadjutor de esta política de colaboración fue José Vasconcelos –él mismo un intelectual– al convertirse en 1921 en el primer secretario de Educación Pública del régimen emanado de la revolución. La posterior disidencia de Vasconcelos frente a la “familia revolucionaria” no modificó el patrón que había establecido. Desde entonces, los intelectuales, los artistas y los escritores son solicitados por los gobiernos nacionales, estatales y municipales. Esta característica del Estado mexicano ha llamado por cierto la atención de los escritores extranjeros que han residido en México. Por ejemplo, el escritor argentino Mempo Giardinelli comentaba a fines de los ochenta en el siglo xx: “A través de las universidades, de las casas de cultura de cada uno de los estados federales o de los municipios, y especialmente a través de la acción del poderoso Instituto Nacional de Bellas Artes (verdadero Ministerio Nacional de Cultura) los apoyos del Estado a las Letras y a las Artes son, en México, verdaderamente extraordinarios...”² Se trata de una manera de patrocinar la cultura delegando las decisiones en los mismos especialistas, pero también es una forma de “darle maíz al gallo” y de evitar o de suavizar las críticas de éstos frente al Estado y sus políticas. La llegada al poder del Partido Acción Nacional (PAN) en el año 2000 tampoco

1. Véase Roderic Camp. *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo xx*. México: FCE, 1988, p. 142.

2. Mempo Giardinelli. “Panorama de la Narrativa Mexicana de los 80’s”. *Ínsula*. Madrid: Espasa, núm. 512-513, 1989, p. 23.

3. Según Dominique Mainguenu, el tipo de discurso empleado por un escritor en sus obras de ficción lo posiciona al interior del campo literario, como sus ideas se presentan también a través de su manera de enunciar, que remite a una manera de ser. Véase *Le contexte de l'œuvre littéraire. Énonciation, écrivain, société*. París: Dunod, 1993, p. 146.
4. Adoptamos este concepto tomado de Pierre Bourdieu. *Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*. París: Seuil, 1992, 481 p.
5. La figura del autor no remite desde luego al yo biográfico, tal como lo entendía la crítica decimonónica, sino a la imagen del autor que se proyecta de sus obras. Véase Maurice Couturier. *La figure de l'auteur*. París: Seuil, 1995.
6. Para un balance exhaustivo de la posición de José Agustín al interior de las letras mexicanas, basado en un análisis textual y discursivo de la casi totalidad de su producción narrativa, véase Alba Lara-Alengrin. *La quête identitaire dans l'œuvre de José Agustín (1964-1966)*. Montpellier: Publications de L'Université Paul Valéry, 2007.
7. Alba Lara-Alengrin. "José Agustín o la tiranía de una etiqueta". *La Palabra y el Hombre*. Xalapa: Universidad Veracruzana, núm. 111, julio-septiembre 1999, pp. 81-86.

modificó esta tendencia, si acaso sólo cambió el perfil del intelectual "colaborador".

La asociación entre José Agustín y la política puede sorprender pues, a diferencia de numerosos escritores mexicanos, José Agustín no ha ocupado nunca puestos de elección popular, no ha sido diplomático ni ha fungido como funcionario cultural. Pero ¿qué entendemos por política? ¿El arte de gobernar un Estado? ¿La actividad de los que rigen o la lucha de los que aspiran a regir en los asuntos públicos? ¿O la actividad del ciudadano cuando interviene en los asuntos públicos con su opinión, con su voto, o de cualquier otro modo? En el caso de José Agustín, optaremos por la tercera acepción y analizaremos su discurso,³ cuya posición al interior del campo literario mexicano⁴ dista de ser neutral. Centrándonos en la enunciación, veremos qué tipo de figura del autor⁵ se ha ido configurando a partir de su discurso literario y de su discurso como figura pública;⁶ así como los alcances políticos de éste.

Dentro de la literatura mexicana contemporánea, José Agustín carga con una etiqueta que, si bien lo distingue, también lo ha encasillado, ésta es la de la cacareada "literatura de la onda".⁷ En efecto, en sus inicios la prosa de José Agustín se diferenció por la elección de temas relativos a la adolescencia y sobre todo, se demarcó por la elección de un discurso coloquial que rompía con el concepto de literatura predominante en los años sesenta. La novedad no radicaba propiamente en la inclusión de un discurso coloquial, pues éste aparece en la novelística mexicana desde *El periquillo sarniento*. El cambio consistía en utilizar el discurso coloquial como instancia primera de narración y ya no como discurso citado. Invirtiendo los parámetros, José Agustín no ponía en itálicas la jerga juvenil sino las expresiones demasiado manoseadas por la literatura. El también narrador Enrique Serna comenta a este respecto

Si los novelistas de la Revolución ponían en cursivas las palabras ajenas a su léxico de hombres cultos –ansina, jue, maíz, cuantimás–, José Agustín subrayaba frases

como roído por los nervios, pertenecientes a la morgue literaria, pero investidas con el prestigio de las bellas letras.⁸

A esto debe añadirse la precocidad de José Agustín como escritor. Su primera novela, *La tumba*⁹ fue escrita a los dieciséis años de edad y publicada por Juan José Arreola en la revista *Mester* en 1964, cuando José Agustín tenía apenas veinte. En 1966, a los veintidós años José Agustín publicaba *De perfil*,¹⁰ una novela de iniciación, protagonizada por adolescentes y considerada como un libro entrañable por generaciones de lectores. El contenido de estas dos novelas no es en realidad político,¹¹ pero sí era políticamente incorrecto y basta con leer algunas reseñas de la época para constatarlo; las críticas deploran la falta de profundidad espiritual, el lenguaje pintoresco, la vulgaridad, el cinismo o el desierto moral.¹² En 1966, el mismo año de la publicación de *De perfil* y de la reedición de *La tumba* en una editorial de mayor circulación,¹³ José Agustín publicó también su autobiografía, un encargo por parte de Empresas Editoriales para una colección dedicada justamente a biografías de escritores menores de treinta y cinco años.¹⁴ El tipo de protagonistas de sus primeras novelas, adolescentes caracterizados sobre todo por su irreverencia y su desparpajo, se fue confundiendo con la imagen proyectada por el joven José Agustín, tanto en las entrevistas concedidas como en la autobiografía. Sobre todo porque en esta última, el autor utilizaba el mismo tipo de discurso desenfadado que los protagonistas de sus novelas y, por ende, empleaba un estilo coloquial y juguetón que ya no obedecía al imperativo de la verosimilitud.

Al iniciar los años sesenta del siglo veinte, el grupo dominante dentro del campo literario mexicano de la época era sin lugar a dudas el capitaneado por Carlos Fuentes y Fernando Benítez, domiciliado en las páginas de *La cultura en México*, el suplemento cultural de la revista *Siempre!* Sus miembros eran

8. Serna Enrique. "Códice agustiniano". *Las caricaturas me hacen llorar*. México: Joaquín Mortiz, 1996, p. 249.
9. José Agustín. *La tumba*. México: Ediciones Mester, 1964.
10. José Agustín. *De perfil*. México: Joaquín Mortiz, 1966.
11. Aunque en *De perfil* se incluya un episodio bastante largo en relación con las planillas de estudiantes dentro de la universidad nacional, que expresa el clima de polarización en su interior.
12. Baste esta muestra: "No debe agradecerle la juventud auténtica, real y positiva, a este joven José Agustín el dibujo que ofrece en *La tumba* como ejemplo de ella." Anónimo. "La Novela-Escupitajo". *Tiempo*. México, 19 de agosto de 1966.
13. José Agustín. *La tumba*. México: Novaro, 1966.
14. José Agustín. *José Agustín (autobiografía)*. Pról. Emmanuel Carballo. México: Empresas Editoriales, 1966 Colección preparada por Rafael Giménez Siles y Emmanuel Carballo.

15. Sobre la actuación de este grupo véase Sara Sefchovich. *México, país de ideas, país de novelas*. México: Grijalbo, 1987, p. 151 o Aralia López González. “Quebrantos, búsquedas y azares de una pasión nacional (dos décadas de narrativa mexicana: 1970-1980). *Revista Iberoamericana*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh, núm. 164-165, 1993, p. 662.

16. José Agustín. *Tragicomedia mexicana I. La vida en México de 1940 a 1970*. México: Planeta, 1990, p. 219.

17. Algunos críticos relativizan su poder, como Inke Gunia. “¿Cuál es la onda?” *La literatura de la contracultura juvenil en el México de los años sesenta y setenta*. Vervuert Verlag/Frankfurt am Main: Ediciones de Iberoamericana, 1994, p. 145.

18. Baste como ejemplo la entrevista con René Avilés Fabila. “Diálogo con José Agustín”. *La cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, México, núm. 247, 3 de noviembre de 1966.

19. Emmanuel Carballo. “¿La tumba? una obra tan ingenua como pedante”. *La cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, México núm. 235, 17 de agosto de 1966, p. XIV.

20. Alba Lara-Alengrin. “Entretien I, réalisé le 16 avril 1996”. *La quête identitaire...*, p. 345.

conocidos en el medio como “La Mafia”¹⁵ y ejercían un periodismo cultural innovador que aportaba frescura a la prosa más bien acartonada del medio, pero, como escritores de ficción, el discurso literario de éstos seguía siendo trascendente. Según José Agustín, este grupo controlaba los más importantes suplementos o revistas de literatura:

Para entonces el grupo controlaba directa o indirectamente el suplemento de *Siempre!*, la *Revista Mexicana de Literatura*, la *Revista de la Universidad*, la *Revista de Bellas Artes*, *Cuadernos del Viento*, *Diálogos* (que un año antes iniciara Ramón Xirau con el apoyo de El Colegio de México), Radio UNAM, la Casa del Lago y varias oficinas de difusión cultural con todo y sus nóminas.¹⁶

Dinámica, pero elitista y autoritaria, la actuación de La Mafia sigue siendo hasta la fecha controvertida.¹⁷ En todo caso por su influencia y presencia mayoritaria en las principales revistas e instituciones culturales fungía, sin lugar a dudas, como una *intelligentsia* poderosa y patrocinada indirectamente por el poder.

En sus inicios, José Agustín despotricó desde luego en contra La Mafia –y en particular de Carlos Fuentes– pero también de Juan Rulfo y, horror parricida, incluso de su primer editor y maestro de literatura, Juan José Arreola. De igual manera tachó de “retrasados mentales” a los lectores que pensaran que sus libros eran autobiográficos, de “ancianos resentidos” a los que los criticaran, y de “tarados” a quienes consideraran que su escritura era fácil;¹⁸ para rematar se declaraba como “un escritor a gogó”.¹⁹ Es entonces cuando se crea la imagen del joven escritor rebelde, superficial, malcriado e inmaduro, con la que se quedarían algunos lectores, críticos y escritores. Sobre esta imagen el mismo José Agustín en una entrevista nos comentó irónico: “durante un tiempo yo era el hombre sin conciencia política”.²⁰ En realidad, iba despuntando ya, sin lugar a dudas, como un escritor políticamente incorrecto.

No obstante, en la misma época y sin dejar de hacer los desplantes propios de un joven de veinte años,

catapultado de golpe al estrellato literario, José Agustín muestra signos de independencia y de lucidez frente al poder político y literario, que eran poco comunes entre los escritores de la época. En realidad, José Agustín había militado en el Movimiento América Latina, un órgano del Partido Comunista Mexicano, y había alfabetizado en Cuba como brigadista a los diecisiete años, en 1961.²¹ Esta experiencia fue decisiva para José Agustín, desde un punto de vista personal al igual que ideológico.

Desde antes de este viaje, la ideología política de José Agustín se situaba claramente dentro de la izquierda. Dicho sea de paso, ser vagamente de izquierda era más bien un lugar común entre los intelectuales mexicanos de la época.²² Como quiera, el impacto producido por aquel viaje a Cuba fue reiterado por José Agustín incluso en un texto publicado en los noventa donde afirmaba:

Nunca me consideré marxista ni comunista, pero de plano mis simpatías estaban en la revcub (*sic*) y, claro, cuando retaché seguí con gran atención lo que ocurría en la isla; lamenté la paulatina soviétización y el enrarecimiento de la atmósfera literaria para autores que yo apreciaba horrores como Cabrera Infante o Reynaldo Arenas y, por tanto, a mi adhesión a Fidel añadí una perspectiva crítica.²³

El texto anterior transluce como quiera cierta admiración por el antes mítico comandante. Pero fue durante los sucesos del 68 cuando la independencia política de José Agustín se hizo manifiesta públicamente, aunque ya no fuera ni estudiante ni docente. Sin haberse implicado a fondo con el Movimiento del 68, como lo hizo José Revueltas o incluso otros escritores de La Mafia, José Agustín formó parte de la Asamblea de Intelectuales, Artistas y Escritores que apoyaban el movimiento.²⁴ El 13 de septiembre, día de la manifestación del silencio, el joven escritor tenía que dar una conferencia dentro del ciclo *Los narradores ante el público*, organizado por el Instituto de Bellas Artes.²⁵

Era en cierto modo una forma de consagración, pues al mismo ciclo habían sido invitados autores

21. José Agustín. *El rock de la cárcel*. México: Joaquín Mortiz, 1990, p. 40.

22. Veáse Juan F. Marsal. "Les intellectuels mexicains, le Parti Révolutionnaire Institutionnel et le massacre de Tlatelolco". *Intellectuels et État au Mexique au xxe siècle*. Paris: CNRS, 1979, p. 65.

23. José Agustín. "Cuando pinté mi obra maestra". *Camas de campo (campos de batalla)*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla, 1993, p. 65.

24. Paco Ignacio Taibo II. 68. México: Joaquín Mortiz, p. 53.

25. Publicadas en dos volúmenes. *Los narradores ante el público*. México: Joaquín Mortiz, 1967; *Los narradores ante el público*. Segunda Serie. México: Joaquín Mortiz, 1969.

26. Agustín, *El rock de la cárcel...*, p. 113.

27. *La noche de Tlatelolco*. México: Era, 1971, pp. 57-58.

28. Camp, *op. cit.*, p. 283

tan prestigiados como Carlos Fuentes o Juan Rulfo, en su primera edición. Al mismo tiempo el conflicto estudiantil crecía en importancia y en tensión, por lo que el dilema para José Agustín era considerable. Según el autor, solicitó a los organizadores que se aplazara su conferencia, lo que no fue aceptado.²⁶ José Agustín decidió entonces suspenderla invitando al público a sumarse a la manifestación. La conferencia de José Agustín no fue desde luego publicada en el volumen y lo que pudo parecer a los organizadores como una informalidad o desplante, es en realidad una renuncia significativa. De hecho, Elena Poniatowska refiere el diálogo entre Agustín y Antonio Acevedo Escobedo, Jefe del Departamento de Literatura del INBA, en *La noche de Tlatelolco*:

-¿Y su conferencia?

-No señor Acevedo Escobedo, yo me voy a la Silenciosa...

-Pero usted tiene que dar su conferencia. Ya hay público esperándolo. Mírelos en las butacas...

-No, señor. Invito al público a la manifestación... Esa que sea mi conferencia. La del Silencio, ésa sí que es buena onda...

-Pero esto no es posible. El público vino a la conferencia no a una manifestación...

-Mire, señor Acevedo Escobedo, a los que no quieran irse, mejor cuénteles usted una de vaqueros... ¡Yo me pelo!²⁷

Ciertamente, frente al encarcelamiento y la tortura que muchos padecieron, el acto de solidaridad de José Agustín con el Movimiento del 68 parece nimio, pero como escritor es un acto concreto que implicaba un pequeño sacrificio personal. Está claro que, como afirma Roderic Camp, entre las consecuencias importantes para el intelectual mexicano, el 68 los obligó a revisar su relación presente o futura con el Estado.²⁸

Pero la posición de José Agustín había sido muy clara, incluso un año antes del movimiento al ser entrevistado por la misma Elena Poniatowska. En esta ocasión haría una declaración que nos parece digna de subrayar por su clarividencia en una época en que la

dependencia de los escritores respecto al poder parecía un mal necesario. El entonces joven de veintitrés años declaraba: “En México hay una literatura que trata de hacerse oficial y que trata de enajenar al escritor... A mí que no me regalen nada y que me dejen vivir de mi trabajo y soy feliz para todos los días de mi vida”.²⁹ Como afirmaba también que el mecenazgo estatal no era un mal necesario y que el oficio de escritor era un oficio como cualquier otro, del cual se podía vivir. Así, la imagen del joven inmaduro, irreverente e incluso resentido frente al *establishment* literario –como él mismo lo designa aún– contrasta con la lucidez del escritor en ciernes sobre las ambigüedades de la colaboración con el Estado, incluso si ésta se restringe al ámbito cultural.

Otra señal política de José Agustín al interior del campo literario mexicano de los sesenta lo fue el epílogo que firmó al calce de las obras completas de José Revueltas editadas por Empresas Editoriales en 1967. Justamente en un estudio sobre los escritores mexicanos y la política, centrado en los escritores de izquierda, Patricia Cabrera comenta este epílogo donde José Agustín subraya el carácter innovador de la obra de Revueltas, menospreciada por el medio literario a causa de la militancia política de su autor. La misma Cabrera afirma categórica: “Una historia de la literatura mexicana no puede ignorar la trascendencia que tienen el balance de Revueltas y la toma de posición de José Agustín, como síntoma de las transformaciones culturales que prepararon el terreno para la sensibilidad hacia el movimiento de 1968 y la repercusión de éste en las letras”.³⁰

Independientemente del epílogo en cuestión, que sin duda es significativo por ir a contracorriente de la opinión dominante en las letras de la época, las primeras novelas de José Agustín –como las de Gustavo Sainz– sin llevar contenidos políticos, anticiparon y expresaron la contestación juvenil del 68. Resulta curioso –y tal vez revelador– que un crítico tan agudo, y además narrador, como Jorge Volpi, haya pasado por alto en su ensayo *La imaginación al poder. Una historia intelectual de 1968*³¹

29. Elena Poniatowska. “José Agustín, autor de la nueva ola contra los monstruos sagrados”. *Novedades*. México, 23 de marzo de 1967, p. 8.

30. Patricia Cabrera López. *Una inquietud de amanecer: literatura y política en México, 1962-1987*. México: UNAM-Plaza Valdés, 2005, p. 141.

31. México: ERA, 1998.

esta correlación entre universo juvenil, ruptura estética y ruptura política.

Después del 68, las posiciones dominantes en el campo literario se dispersaron en grupos menos hegemónicos y a menudo rivales, a pesar de haber contemporizado su actitud frente a las “mafias” o las vacas sagradas. A inicios de los años ochenta, José Agustín declaraba:

Todas las mafias se han creído aristocráticas, de verdadera sangre azul literaria, y creen que los demás son plebeyos. No advierten que quizá su tendencia inmadura a ejercer un cacicazgo los convierte en otro reflejo patético de nuestra realidad paternalista; sin darse cuenta se convierten en el PRI de la cultura, algo que, si fueran plenamente conscientes de ello, sin duda los horrorizaría.³²

32. Silvia Castillejos. “Los intelectuales frente al poder... Fascinosum”. *El buscón*. México, núm. 2, enero-febrero 1983, p. 44.

33. *Ibid.*, p. 48.

Si después de la experiencia como brigadista en Cuba, José Agustín no volvió a militar y rompió con el Partido Comunista en 1962 por no querer “seguir línea” como líder estudiantil en la preparatoria,³³ sí se comprometió a fondo con una de las formas de contestación que alimentaron en parte al Movimiento del 68. Me refiero a la contracultura de los años 60 y 70, la forma de rebelión juvenil que se expresó sobre todo por el consumo de drogas y la liberación sexual, dentro de la cual puede explicarse la producción de José Agustín en la década siguiente, con los cuentos *Inventando que sueño* y *La mirada en el centro*, las novelas *Se está haciendo tarde* y *El rey se acerca a su templo*, lo mismo que la obra de teatro *Abolición de la propiedad*. Ya que, desde el volumen de cuentos *Inventando que sueño* hasta *El rey se acerca a su templo*, la prosa y las historias contadas por José Agustín adquieren un marcado sesgo contracultural y se caracterizan por una fuerte experimentación formal.

De hecho, José Agustín pagó bastante caro su inmersión en la contracultura, pues en diciembre de 1970 fue arrestado en posesión de marihuana e inculpado injustamente de tráfico, por lo que debió cumplir una condena de siete meses en el tristemente célebre

“Palacio” de Lecumberri. Fue durante esta estancia cuando José Agustín escribió *Se está haciendo tarde*,³⁴ su novela más intensa y, para algunos críticos, la mejor.

Curiosamente, José Agustín coincidió en Lecumberri con José Revueltas, encarcelado por su apoyo al Movimiento del 68. Dado el contexto de extrema polarización social que tuvo lugar a partir del 68, estos dos escritores que se situaban estéticamente en las lindes del campo literario, acabaron ocupando ambos, aunque por motivos bastante distintos, la posición más marginal que se pueda ocupar en una sociedad. *Se está haciendo tarde* es en realidad la primera de sus novelas donde aparece el “lenguaje de la onda”, o sea el caló de los jipis mexicanos.³⁵ Abiertamente contracultural, alburera y majadera, esta novela encierra a cinco personajes marginales en un viaje sin regreso a los “paraísos artificiales”.

El personaje de Rafael viaja a Acapulco donde vive una experiencia iniciática que lo lleva a tocar fondo, moral y físicamente. Sin hacer la menor alusión en la novela a la prisión, el enclaustramiento físico que vivió José Agustín en Lecumberri se expresa en la densa atmósfera de *Se está haciendo tarde*. Una de las escenas más políticamente incorrectas y elocuentes de ésta es aquélla en la que el personaje de Rafael defeca completamente drogado en la playa y se limpia con los pocos billetes que llevaba y que hasta entonces había cuidado encarecidamente. De hecho, durante varias novelas José Agustín exorcizó su experiencia carcelaria e indagó sobre las experiencias sicodélicas y sus consecuencias sociales cuestionando, y no siempre con fortuna literaria, como en *El Rey se acerca a su templo*,³⁶ tanto la corrupción del sistema judicial y penitenciario mexicano como a los jipis ingenuos y viciosos.

Escribió también una obra de teatro al respecto titulada *Círculo vicioso*, cuyo primer montaje no fue censurado, pero tampoco obtuvo la autorización para ser representada por parte de la Oficina de Espectáculos del Departamento del Distrito Federal, que la consideró “obscena y negativa”³⁷ en 1972. Probablemente el

34. *Se está haciendo tarde (final en laguna)*. México: Joaquín Mortiz, 1973.

35. Sobre la asimilación entre la onda como fenómeno social y literario ver “José Agustín o la tiranía de una etiqueta”, *cit. supra*.

36. México: Leo-Mex, 1976.

37. México: Joaquín Mortiz, 1974, p. 86.

38. Alba Lara-Alengrin. “Espacio carcelario y censura en la representación de *Círculo vicioso* (1972) de José Agustín”. José Carlos González Boixo *et al. Literatura de las Américas 1898-1998*. León: Universidad de León, 2000, t. II, pp. 523-532.

39. México: Grijalbo, 1996.

40. *Ibid.*, p. 47.

41. *Ibid.*, p. 129.

42. Carlos Monsiváis. “La naturaleza de la onda”. *Amor perdido*. México: ERA, 1977, p. 235.

43. México: Seix Barral, 1994.

rechazo se debía verdaderamente al caló utilizado por los personajes de la obra que eran presidiarios y chavos de la onda; pero resulta curioso que en pleno sexenio de “destape” en el cine, las autoridades se ofuscaran por unas cuantas palabrotas. Fuera de una interpelación al entonces presidente de la república, Luis Echeverría Álvarez, la pieza no un tiene un contenido político en sentido estricto, pero muestra sin ambages la corrupción al interior de la cárcel.³⁸ La obra pudo estrenarse al fin en 1974 con otra compañía de actores y obtuvo el premio de la Asociación de Críticos de Teatro a la mejor obra del año.

Con su ensayo *La contracultura en México*, publicado en 1996,³⁹ culmina la incursión personal y literaria de José Agustín en esta forma de contestación social que expresa, fuera de las formas de acción política convencionales, la inconformidad social. En este libro José Agustín pugna por la despenalización de los alucinógenos, entre los cuales figura la mariguana.⁴⁰ José Agustín retraza la historia de la contracultura en México partiendo de los pachucos de los años 50, hasta las bandas de los 80 del siglo XX, y la define como “toda una serie de movimientos y expresiones culturales, usualmente juveniles, colectivos, que rebasan, rechazan, se marginan, se enfrentan o trascienden la cultura institucional”.⁴¹ La dimensión política de esta postura está abierta a discusión, para algunos observadores, como Carlos Monsiváis, el fenómeno social de la onda, primera forma de contracultura mexicana, “es el primer movimiento del México contemporáneo que se rehúsa desde posiciones no políticas a las concepciones institucionales y nos revela con elocuencia la extinción de una hegemonía cultural”.⁴² Pero rechazar la hegemonía cultural, ¿no es acaso un acto político?

Hasta la fecha la novela con más alusiones políticas de José Agustín es *Dos horas de sol*,⁴³ ambientada otra vez en Acapulco, pero ahora a principios de los noventa durante la euforia provocada por la firma del Tratado de Libre Comercio. El personaje del presidente municipal, un tipo prepotente y perverso, nos recuerda a varios políticos del salinato y, alegóricamente, la oscuridad

provocada por la tormenta tropical que golpea al puerto en la novela, representa la negrura de aquel sexenio que sumió a México en la actual debacle. En efecto, *Dos horas de sol* es una novela bastante sombría, no exenta desde luego de humor e irreverencia, como toda la obra de José Agustín. Así, luego de la consagración definitiva de Octavio Paz por haber recibido el Premio Nobel en 1990, el narrador de *Dos horas de sol* describe a un personaje en los términos siguientes: “un costeño viejo, prieto, rechoncho, con la barba crecida sobre una enorme papada, parecídisimo a Octavio Paz sólo que en jodido, se detuvo junto al Big Boss Man y, sin más, vomitó copiosamente sobre los pantalones blancos y en los zapatos de piel de cabra de mi viejo amigo y jefe también”.⁴⁴ Esta “puntada” de José Agustín, retrata perfectamente al autor y dista de ser inocente en un periodo en que el dominio de Octavio Paz era tal en el campo literario que se decía que “la cultura mexicana descansa en Paz”.⁴⁵

Pero la incursión más política de José Agustín como escritor reside sin duda en los tres volúmenes de *Tragicomedia mexicana* publicados en la década de los noventa. Se trata de una crónica de la vida en México de 1940 a 1994. Esta crónica surgió en su etapa embrionaria como un encargo por parte del PRI, el artículo fue rechazado, pero de ahí surgió la idea de extenderlo y convertirlo en libro. José Agustín es desde luego bastante crítico con el régimen priísta, lo que resulta finalmente banal, pero es otra vez en el tipo de discurso elegido donde encontramos la disensión.

Pese a ser una obra muy documentada, José Agustín desecha el protocolo universitario de las notas bibliográficas y el discurso académico a cambio del discurso coloquial característico de sus novelas. Para dar el tono, el subtítulo que abre la crónica del primer sexenio es “¡Aquí viene Huevos de Oro!”,⁴⁶ una cita de la frase pronunciada por el general Miguel Z. Martínez durante el robo de urnas a punta de pistola, el día del fraude electoral orquestado por el antiguo PRM en contra del candidato de oposición Juan Andrew Almazán en

44. *Ibid.*, p. 18.

45. Joani Hocquenghem. “L’après-Octavio Paz”. *L’Express*. Francia, núm. 2476, 17 de diciembre de 1998, p. 82

46. *Tragicomedia Mexicana 1...*, p. 7.

47. José Agustín. *Tragicomedia Mexicana 3. La vida en México de 1982 a 1994*. México: Planeta, 1998, p. 11.

48. Agustín, *Tragicomedia Mexicana 1...*, p. 9.

49. José Agustín. *Tragicomedia Mexicana 2. La vida en México de 1970 a 1982*. México: Planeta, 1992, pp. 88-89.

1940. Por su parte, el tercer volumen comienza con otro subtítulo donde se retoma el mismo tipo de metáfora, “Huevos de paloma”,⁴⁷ una cita del chiste que se contaba sobre el presidente Miguel de la Madrid en alusión al nombre de su mujer, Paloma.

Como vemos, las tragicomédias son una crónica histórica que incluye entre sus fuentes la memoria oral, las memorias publicadas por los políticos e incluso los chistes y rumores sobre los personajes históricos citados. José Agustín recurre desde luego a sus distintivos juegos de palabras, por ejemplo, Vicente Lombardo Toledano es calificado con el irónico epíteto de “Viejo lobo de Marx”.⁴⁸ Fuera de la irreverencia característica del escritor, las tragicomédias ponen una atención particular en los movimientos sociales –como el de los ferrocarrileros y los maestros en 1958– y en las distintas formas de subversión política, como las guerrillas de los años sesenta y setenta. Pero estas crónicas de la vida en México proponen sobre todo un panorama muy completo del medio cultural en el México de la segunda mitad del siglo xx y de las relaciones entre artistas e intelectuales con el Estado.

Los periodos más ricos a este respecto son, como era de esperarse, los sexenios de Luis Echeverría y el de Carlos Salinas de Gortari, pues ambos presidentes instrumentaron una política de “acercamiento” a los intelectuales, que no era otra cosa más que una vasta maniobra de cooptación. En la *Tragicomedia 2*, José Agustín incluye la crónica de uno de los viajes organizados por Echeverría a Argentina, acompañado de una comitiva de más de cien científicos, investigadores y escritores, entre los cuales figuraba el mismo Agustín,⁴⁹ quien narra con sorna y algo de culpa el descarado dispendio, de unos y otros, a costa del presupuesto nacional. En cuanto a Salinas de Gortari y su política respecto a los intelectuales dice José Agustín:

Que la concepción salinista de la cultura tenía fines de manipulación política se advirtió en los primeros días de enero, cuando el director del Conaculta, Víctor Flores Olea, personalmente telefoneó a los miembros más destacados del medio artístico y cultural para que apoyaran el arresto de la

Quina mediante la firma de telegramas a los que se les dio una gran difusión.⁵⁰

Escrito con poca distancia cronológica de los sucesos narrados, el último volumen es desde luego el más arriesgado de todos, pues la *Tragicomedia 3* fue publicada en 1998, o sea, a sólo cuatro años del fin del salinato. Ágiles, explosivas y sin pelos en la lengua, las tragicomedias han sido adaptadas para la televisión por Alfonso Manjarrez para canal 22, con guión y presentación del mismo José Agustín, los documentales fueron transmitidos en febrero y marzo del 2008.

Para terminar, José Agustín es un escritor políticamente incorrecto, menos por sus opiniones o convicciones políticas que se mantienen dentro de la izquierda democrática, que por su actitud como figura pública y por su discurso como escritor. Entre sus tomas de posición más claras resalta la de la legalización de las drogas,⁵¹ materia de la que puede hablar con conocimiento de causa. José Agustín es un escritor que abarrota auditorios, que vive de sus regalías y que cuenta con entusiastas lectores, pero que pese a haber marcado la literatura mexicana del siglo xx, no ha recibido nunca, hasta la fecha, ni el Premio Villaurrutia ni el Premio Juan Rulfo ni ninguno de los premios literarios más relevantes. En todo caso, de este análisis del discurso literario y público de José Agustín se desprenden las siguientes constantes: su independencia frente al poder político al no haber ejercido puestos de dirección cultural en organismos estatales o municipales⁵² y su independencia frente a las distintas cúpulas literarias. Pero lo que más nos parece digno de subrayar es la coherencia observada entre las palabras de aquel muchacho veinteañero que declarara “a mí que no me regalen nada y que me dejen vivir de mi trabajo y soy feliz para todos los días de mi vida”, y sus más de cuarenta años de carrera literaria pugnando por mantener un discurso íntegro e irreverente.

50. Agustín, *Tragicomedia Mexicana 3...*, p. 259.

51. Salvador Flores Durán entrevista a José Agustín. “‘Espantosas’, alianzas entre partidos de izquierda y de derecha: José Agustín”. *Crónica de Oaxaca*, 25 de julio de 2010 (<http://www.cronicoaxaca.info/entrevistas/6789-espantosas-alianzas-entre-partidos-de-izquierda-y-derecha-jose-agustin.html>), 9 de septiembre de 2011.

52. Excepto cuando dirigió, de 1983 a 1989, el programa de televisión *Letras vivas* en el antes estatal Canal 13, entidad desconcentrada. Por cierto el programa fue interrumpido porque José Agustín se negó a la supervisión de los guiones.

Próximo número

JALISCIENSES

ESTUDIOS

91

Introducción

Lourdes Gómez Consuegra

Pedro de Manuel

Toledo, unidad e integración en el paisaje

La ciudad de Toledo fue declarada Patrimonio Mundial en 1986. La importancia y singularidad del casco histórico de Toledo radica en su autenticidad y equilibrio entre naturaleza y cultura, que hace que los paisajes natural y urbano se fundan. Este rico y único patrimonio se verá afectado gravemente, de llevarse a cabo el nuevo Plan de Ordenación Urbana.

Palabras clave: Planeamiento urbano, Centro histórico, Conservación.

Luis J. Grossman

El espacio público en Buenos Aires

El autor se propone describir los rasgos y esencias de las diversas escalas en las que se despliegan los espacios públicos de su ciudad natal. Se refiere además a las desviaciones que vienen exhibiendo muchas áreas públicas a raíz del protagonismo ganado por el automóvil en las ciudades desde mediados del siglo xx a la fecha. Esta anomalía se está enfrentando en Buenos Aires con una política llamada “Prioridad Peatón” en busca de humanizar el Espacio Público.

Palabras clave: Espacio público, Urbanismo, Conservación.

Nicolás E. López Tamayo

Dinámica y crisis de los centros históricos: Puebla, México

En este ensayo se desarrolla el análisis de la zona monumental de la Ciudad de Puebla que fue declarada patrimonio nacional en 1977 por el Gobierno Mexicano y en 1987 declarada patrimonio de la humanidad por la UNESCO. Se considera la diversidad de su territorio, sus antecedentes históricos, sus características de funcionamiento y su papel en el desarrollo urbano y metropolitano, origen de su dinámica y crisis persistente.

Palabras clave: Patrimonio, Centro histórico, Desarrollo urbano, Conservación, Rehabilitación.

Lourdes Gómez Consuegra

Teresa Pascual Wong

Planeamiento del centro histórico de Camagüey

El trabajo expone la metodología integrada –plan parcial, plan de manejo y regulaciones urbanísticas– que se aplica en el planeamiento del centro histórico urbano de Camagüey para lograr la protección de su patrimonio cultural y la conducción de su desarrollo futuro.

Palabras clave: Planeamiento urbano, Centro histórico, Plan parcial, Plan de manejo.